

INTRODUCCIÓN

LA (RE)CONSTRUCCIÓN DE CHACHAPOYAS A TRAVÉS DE LA HISTORIA E HISTORIOGRAFÍA

Warren Church^a
Anna Guengerich^b

1. Chachapoyas, una famosa incógnita

Pocas regiones arqueológicas de los Andes peruanos son tan famosas y a la vez tan poco entendidas como el extremo nororiental de la cordillera, donde se encuentra la región de Chachapoyas. El paisaje montañoso de neblinas y bosques tropicales le da un aura de misterio; dentro del monte se ocultan famosas «ciudades perdidas» como Kuélap (Fig. 1) y Gran Pajatén (Fig. 2), sitios funerarios posados en acantilados (Fig. 3), iconografía distintiva, arquitectura en piedra de escala monumental, y otros indicios típicos de las civilizaciones andinas más conocidas. A nivel intuitivo, uno no se espera encontrar evidencia arqueológica de asentamientos densos y arquitectura monumental dentro de un entorno medioambiental tan inclemente, hostil, y alejado.

La superficialidad del conocimiento científico de esta enorme región, en combinación con libros populares orientados principalmente al público (*v.g.* Kauffmann 2009, 2013; Kauffmann y Ligabue 2003), son responsables de la reducción de la imagen de la «cultura Chachapoyas» a un estereotipo reconocido en todo el Perú. Pero esto también ha contribuido a la producción —tanto entre los investigadores como entre el público—, de un retrato idealizado de estas poblaciones como guerreros feroces, brujos y descendientes de culturas desconocidas, que inmigraron para luego vivir de manera aislada en los márgenes remotos de los Andes (Nystrom y Toyne 2013; Guengerich 2015). Es más, ha resultado en una situación en que la fama de la región esconde el estado profundo de nuestro desconocimiento en cuanto a aspectos básicos de la historia de las poblaciones prehispánicas. La misma carencia de conocimiento científico deja la puerta abierta a un sinnúmero de narrativas seudocientíficas (*v.g.* Giffhorn 2013).

Ahora en 2017, nos encontramos en un momento oportuno de grandes retos y grandes posibilidades para la arqueología de Chachapoyas. Actualmente, la región se está convirtiendo en objeto de desarrollo turístico, a pesar de la falta de conocimiento científico sobre las poblaciones que crearon estas obras maestras de artesanía e ingeniería. En marzo de 2017, el primer sistema teleférico en Perú —construido con financiamiento nacional e internacional— se abrió al público y trajo una oleada de turistas a la cima del monumento colosal de Kuélap, «el Machu Picchu del Norte». Este plan de desarrollo viene acompañado por la renovación del aeropuerto de Chachapoyas con vuelos comerciales, lo cual abrirá la región al turismo de gran escala. En el año 2015, durante el simposio que impulsó a la creación de este volumen, ninguna de estas actividades había comenzado —lo cual

^a Department of Earth and Space Sciences, Columbus State University
Correo electrónico: church_warren@columbusstate.edu

^b Department of Anthropology, Vanderbilt University
Correo electrónico: anna.guengerich@vanderbilt.edu





Figura 1. El sitio de Kuélap visto del sureste; se aprecia la extensión enorme de su famosa muralla perimétrica (foto J. Crandall).

sirve como testimonio de la rapidez de estos cambios—. Por otro lado, durante los últimos veinte años ha aumentado el número de investigaciones arqueológicas de manera acelerada, incluso excavaciones, prospecciones y estudios bioarqueológicos, a la vez que los arqueólogos se han esmerado en formular nuevas interpretaciones de estas sociedades, a partir de nuevos datos científicos. Este volumen refleja esta situación.

Lamentablemente, existe una falta de comunicación entre el conocimiento científico y el público común. En primer lugar, el desarrollo turismo arqueológico sigue avanzando a pesar de las enormes lagunas que existen en nuestro conocimiento de las poblaciones de Chachapoyas. Las narrativas presentadas a los turistas en sitios como Kuélap, se derivan principalmente de la crónica de Garcilaso de la Vega, como describiremos más adelante. En segundo lugar, los avances científicos que se han realizado en las décadas recientes están poco difundidos dentro de la comunidad científica mayor de andinistas. Chachapoyas sigue siendo ignorado, o representado como lugar apartado, una región no fronteriza sino más bien tan periférica, que carece de un rol significativo dentro de la evolución de la civilización andina (Church y von Hagen 2008: 921-922; Guengerich 2015). Son pocos los textos sintéticos que incluyen a Chachapoyas dentro de los resúmenes de las sociedades prehispánicas andinas (pero ver: Lumbreras 1974; Morales 1993; Bruhns 1994; Ravines 1994; Moore 2014).

La omisión de Chachapoyas, en nuestra opinión, se radica en dos factores entrelazados. Hasta ahora, el número total de investigaciones ha sido muy limitado para contribuir con la clase de debates teóricos que están bien establecidos para muchas otras partes de los Andes. Al presente, la arqueología de Chachapoyas no ha llegado a un consenso sobre aspectos básicos como la cronología, la organización sociopolítica, los modos de subsistencia, la interacción regional e interregional y los orígenes geográficos de las poblaciones. La arqueología regional también se ha visto empobrecida por este aislamiento de otras regiones, a lo largo de toda su historia de estudio. Intercambios con especialistas de otras regiones podrían ofrecer una afluencia de nuevas perspectivas, junto con críticas productivas, derivadas del conocimiento de otras bases de datos. Asimismo, la opinión



Figura 2. Edificio 1 de Gran Pajatén, elaborado con frisos antropomorfos (foto W. Church).



Figura 3. El sitio mortuario de Los Pinchudos, construido con forma local de chullpa adosada a la pared del acantilado. Sobresale por los frisos en forma de greca, la pintura de ocre rojo y amarillo, y la presencia de figuras antropomorfas de madera (foto W. Church).

compartida por los contribuidores de este volumen es que la arqueología andina en general también se ha empobrecido por la ausencia de investigaciones en los Andes orientales.

Estos aspectos del estado actual de la arqueología regional de Chachapoyas impulsaron nuestra decisión de organizar un simposio en la conferencia anual de la Sociedad Americana de Arqueología (SAA) en abril de 2015 en San Francisco, California. Este simposio, al cual llamamos *¿Qué era Chachapoyas?: hacia una geografía cultural para los Andes peruanos nororientales*, ofreció un foro abierto donde un conjunto de arqueólogos internacionales presentó nuevos datos e interpretaciones sobre el desarrollo cultural de Chachapoyas, a través del tiempo y el espacio. Este fue el segundo simposio que se organizaba sobre Chachapoyas después del organizado en Leymebamba, Amazonas, en el 2003 (Valle *et al.* 2004). Se escogió el foro internacional de la SAA como el más propicio para los objetivos del simposio: 1) divulgar ampliamente datos e interpretaciones novedosos, 2) buscar consensos sobre puntos fundamentales donde sea posible, y 3) elevar el perfil de la arqueología científica en Chachapoyas. El presente volumen representa el producto de aquel simposio. Del grupo de especialistas que contribuyeron ponencias al simposio, Richard Burger, Tom Dillehay, Gary Urton y Adriana von Hagen no se hacen presentes en este número. Por otro lado, somos afortunados de incluir aportes de Klaus Koschmieder, Brian McCray, Arturo Ruiz Estrada y Luis Valle Álvarez, quienes no asistieron al simposio original.

Las metas del volumen son iguales a las del simposio. En reconocimiento a los rápidos cambios y la diversidad interpretativa que encontramos en este momento, nos hemos esforzado en producir una obra colaborativa que refleje fielmente el estado actual de los estudios regionales que servirá como punto de referencia para el futuro. De hecho, la diversidad en cuanto al uso del término mismo de «Chachapoya», ejemplifica la variedad de perspectivas que se evidencian entre cada contribución al volumen.

Utilizamos las siguientes páginas de esta introducción para ofrecer un contexto historiográfico de las contribuciones que presentamos. Consideramos tres temas —o, más bien, tres procesos historiográficos—, que han influido en las interpretaciones arqueológicas de manera fundamental: el medioambiente, el desarrollo del concepto de Chachapoyas a través de la época colonial y la historia de la arqueología regional.

2. El entorno físico de los Andes nororientales de Chachapoyas

Empezamos nuestra discusión del entorno físico con un resumen de los principales rasgos geológicos, geográficos, ecológicos y climáticos de esta región, debido a la gran influencia que ha tenido el entorno medioambiental en el desarrollo de estudios de Chachapoyas. Estas condiciones naturales han servido de inicio en los estudios regionales, como base de los argumentos donde las condiciones ecológicas habrían prevenido el desarrollo autóctono de sociedades complejas, y habrían aislado a las poblaciones locales de otras regiones de los Andes y la Amazonía. Por otro lado, la cordillera nororiental siempre ha sido una de las regiones más ricas de los Andes Centrales en cuanto a la complejidad biogeográfica, que muestra una diversidad y abundancia de recursos naturales, incluso alimentos silvestres, hierbas medicinales, minerales y otros. Aquí revisamos algunos de los temas más notables de la ecología regional; pero para los lectores deseosos de un resumen más detallado, les referimos a otras obras ya publicadas (*v.g.* Peñaherrera del Águila 1986; Gentry 1992; Caviedes y Knapp 1994; Young y León 1999, 2001; Córdova Aguilar 2002; Schjellerup 2005; Veblen *et al.* 2007).

2.1. Climas y medioambientes

Por su clima y ubicación colindante a la selva baja de Amazonía, la cordillera nororiental andina está forrada con extensos bosques tropicales montanos. Hoy en día, la diversidad de climas localizados a través de Chachapoyas es impresionante. En algunas localidades la precipitación anual sobrepasa los 4000 milímetros (Young 1992), mientras que algunas sombras de lluvia producen pequeños

topoclimas áridos con vegetación xerofítica. La estación lluviosa entre octubre y mayo, se debe al monzón anual que se origina en el Atlántico, cuando los vientos húmedos de la cuenca del río Amazonas ascienden hacia los Andes orientales, para descargar lluvias sobre sus laderas. Pero en realidad, esta región es muy húmeda durante todo el año debido a las neblinas que se forman en las alturas y por la humedad almacenada dentro de la vegetación adaptada a este entorno. Por otro lado, el efecto de El Niño es variable según la localidad, y su impacto puede reducir la precipitación en Chachapoyas (Bush *et al.* 2015). Otros riesgos naturales que enfrenta la población son inundaciones, tormentas de granizo y derrumbes inesperados.

Los numerosos valles incisos con laderas empinadas, combinan con los patrones climáticos variables para producir un mosaico de áreas ecológicas —aquí se encuentra un mínimo de 84 de las 103 «zonas de vida» del sistema mundial de Holdridge (Bonavia 2000: 121)—. Los paisajes varían con las alturas rocosas, páramos alpinos y valles interandinos se asocian a bosques tropicales húmedos y perhúmedos; colindantes a cañones profundos y tórridos con bosques secos y espinosos (Gentry 1992). Generalmente predominan los bosques montanos que están cada día más fragmentados por las actividades humanas. Los costados de los farallones a sotavento, por su aridez, fueron los lugares preferidos para enterrar a los muertos debido a que esta disminuía la rápida descomposición de los cadáveres.

Debido a que su entorno se encuentra entre los más húmedos y más lluviosos en el Perú, la geomorfología de Chachapoyas es inestable, debido también a la combinación dinámica de terreno accidentado, actividad sísmica y aluviones frecuentes (Medina y Dueñas 2007; Medina y Luque 2008). Tales desastres son capaces de arrasar casas y aldeas enteras, como le sucedió en 1547 al centro poblado de Buehumarca cerca de Caxamarquilla (hoy Bolívar) (Maurtua y Montesinos 1906: 181). Más recientemente, en 1928 un terremoto de 7,3 grados diezmo gran parte de la ciudad de Chachapoyas. En vista de estos factores, varios investigadores han propuesto que los habitantes prehispánicos de Chachapoyas construyeron sus asentamientos en las cimas de los cerros para protegerse de los derrumbes (Bandelier 1940: 36; Church y von Hagen 2008: 913) (Fig. 4).

2.2. Territorios y fronteras

La cordillera nororiental de los Andes se orienta de sur a norte y separa los profundos valles de los ríos Marañón y Huallaga. Desde la sierra alta, la cordillera desciende en altitud rumbo al norte, hasta llegar a la depresión de Huancabamba, por las planicies de Bagua donde pasa el río Marañón, haciendo un gran giro hacia el este, para recoger las aguas del río Huallaga y luego seguir al Atlántico como parte del río Amazonas. La región históricamente conocida como Chachapoyas se orienta en la misma dirección, norte-sur, siguiendo las cumbres de la cordillera (Fig. 5). Pero, la tarea de establecer los límites geoculturales representa un asunto complicado que involucra varios debates en la historiografía regional, como veremos.

Actualmente la mayoría de arqueólogos identifican los límites del territorio arqueológico de Chachapoyas desde los 5° 45' norte hasta los 8,05° latitud sur, considerando los límites de la provincia inka descritos por John Rowe (1946), los cuales a su vez, se basaron en las descripciones de Garcilaso (1966[1609]) y la amplia distribución de la arquitectura circular de piedra (ver Guengerich, este número). Aunque se reconoce que el río Marañón formó la margen occidental que separó a las sociedades de Chachapoyas de aquellas de las regiones actuales de Cajamarca y Huamachuco, aún no existe consenso general en cuanto a las fronteras norte, este y sur. Según fuentes históricas, el límite sur de Chachapoyas colindó con la frontera de la provincia inka de Huacrachuco cerca del límite moderno entre La Libertad y Huánuco. Por el extremo sur se puede percibir un cambio en los topónimos que tal vez indique que más al sur hablaron la lengua extinta culle en tiempos prehispánicos.

Por el norte, varios estudiosos ubican el límite de Chachapoyas en la planicie de Bagua, pero se sabe por fuentes etnohistóricas y arqueológicas que las fronteras cambiaron a través del tiempo, y en varios momentos las gentes prehispánicas de esta región, como las «tribus» de Copallín, Bagua



Figura 4. El sitio habitacional de Cuchaconga, extendido sobre la cresta de un cerro al lado del río Atuén. La presencia de edificios circulares de piedra en la cresta y de andenes de cultivo en las faldas del cerro son características que se vislumbran con frecuencia en el paisaje de Chachapoyas (foto A. Guengerich).

y Chinchipe (Cieza de León 1996[1553]; Steward 1948) fueron, lingüísticamente y culturalmente distintas, de los grupos en el centro de Chachapoyas. La región de Pomacochas solo fue incorporada a la provincia inka en un momento tardío por el inka Waskhar (Murúa 1986[1611]); y, al comenzar la conquista española, el límite norte de Chachapoyas extendió hasta incluir la provincia referida como «los Cascayunga» (Garcilaso 1966[1609]). Al lado este de Chachapoyas, en los bosques nublados de las vertientes orientales de la cordillera, moraban más grupos poco conocidos, algunos indicados en el mapa de Steward, como los cholón, hivito y motilón (Steward 1948: mapa 5). El límite este de Chachapoyas típicamente se ubica en algún lugar entre el límite superior de los bosques y las llanuras aluviales del río Huallaga, pero existe una falta casi total de conocimiento sobre las poblaciones recientes y antiguas (ver McCray, este número), debido sobre todo a la despooblación y extinción de las culturas y lenguas nativas.

Es importante reconocer la gran extensión geográfica de esta región —entre las más grandes de las provincias inka, según Rowe (1946)—. Schjellerup (2005: 54) ha estimado que la extensión máxima de este territorio como conjunto arqueológico y como provincia inka alcanzó casi 30.000 kilómetros cuadrados en 1532 d.C., pero no se han hecho reconocimientos arqueológicos para confirmar esta extensión. En verdad, tal tipo de estimación implica grandes presunciones sobre el carácter de lo que se llama «el territorio Chachapoya» y sobre todo los criterios y definiciones que estamos evaluando dentro del presente volumen. Debido a que un área cultural es una abstracción heurística y una provincia imperial es una unidad geopolítica, no se puede esperar que los dos sean espacialmente isomorfos, aun menos a través de los siglos. Esta cuestión aparecerá de nuevo en varias de las contribuciones del volumen y regresaremos a ella en breve.

2.2.1. Norte y sur. Como han señalado algunos estudiosos (*v.g.* Langlois 1939; Schjellerup 2005), se puede concebir a los paisajes de Chachapoyas como dos espacios geográficos, sobre la base de sus características geológicas, topográficas y ecológicas. Estas dos partes tiene casi la misma extensión norte-sur, con una línea divisora cerca de los 6°55' S, coincidente con la frontera moderna entre las regiones de Amazonas (norte) y La Libertad (sur) (Fig. 6). A poca distancia al norte de esta línea queda el vado tradicional de Balsas, donde siempre ha sido costumbre cruzar el río Maraón,

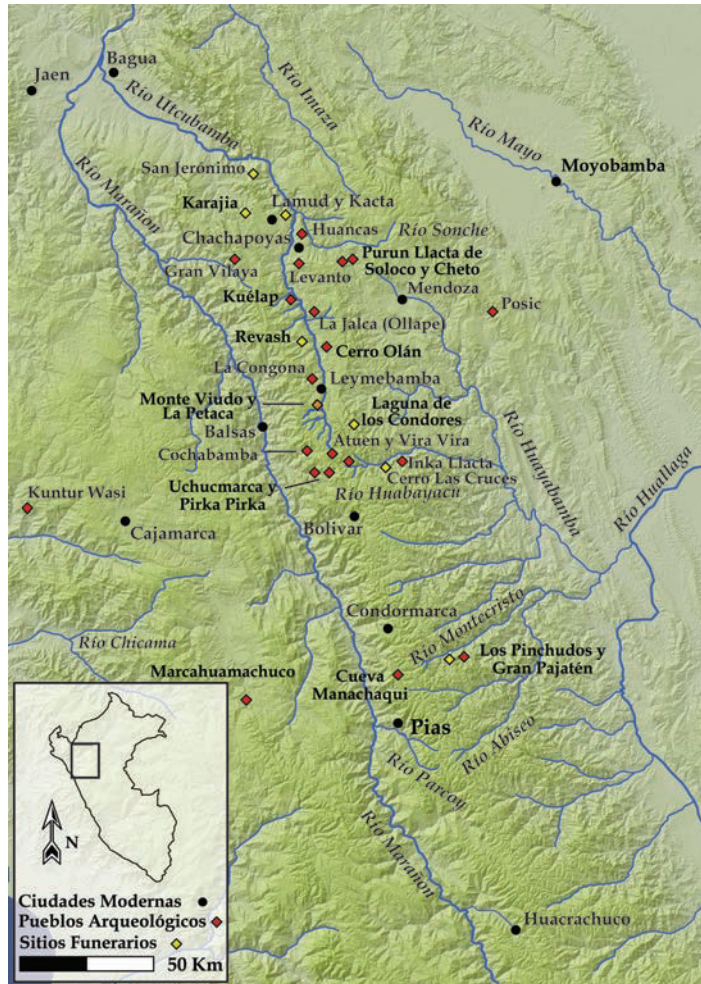


Figura 5. Mapa con la ubicación de algunos sitios arqueológicos principales de Chachapoyas (cortesía de J. Crandall).

rumbo de Cajamarca a Chachapoyas. Después de cruzar el vado, el viajero enfrenta la cordillera de Calla Calla, que se levanta 3000 metros sobre el lecho del río. Para ascender a las alturas de Chachapoyas, el viajero tenía que subir atravesando la ladera hacia al sur, unos 20 kilómetros, para llegar al centro inka de Cochabamba (2800 mns), que tal vez sirvió de entrada «oficial» a Chachapoyas durante la época imperial.

Chachapoyas norte: Desde el siglo XIX, los estudios etnohistóricos y arqueológicos se han enfocado en la parte norteña de Chachapoyas (ver parte 4.1-4.3). Las cumbres andinas bajan de altura rumbo hacia el norte desde 6°55' latitud sur, y la cordillera comienza a ensancharse por donde se encuentra la cabecera del río más grande de Chachapoyas, el Utcubamba (Fig. 1.5).

La geología del norte difiere de la del sur por la presencia casi exclusiva de roca sedimentaria, incluso existen muchas localidades donde predomina la roca caliza y arenisca, y la topografía kárstica. En los estratos de caliza, se forman numerosas y extensas cavernas que sirvieron como ámbitos subterráneos que aprovecharon los antiguos moradores para enterrar a los difuntos (Fabre 2008; Fabre *et al.* 2008; Ruiz Estrada 2008).

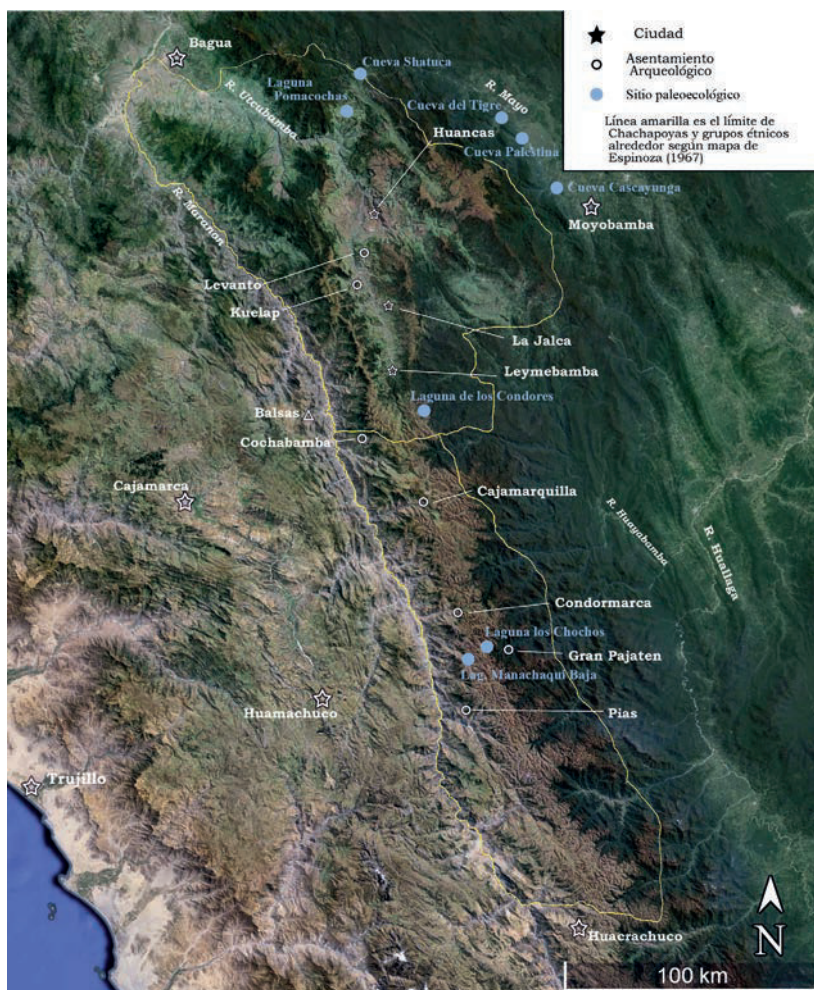


Figura 6. Mapa satelital de geografía física de Chachapoyas con sitios principales y de significado paleoecológico indicados (W. Church mediante Google Earth 2016).

El río Utcubamba desciende casi paralelo al río Marañón hacia el norte unos 95 kilómetros, hasta su unión con el segundo de los ríos más grandes del maciza, el Sonche. El Sonche se origina en las cumbres al sureste y corre 35 kilómetros al Utcubamba. Por esta latitud, los ríos Utcubamba, Sonche y otros afluentes forman valles más amplios, menos profundos y con más cobertura de bosques que las alturas del sur. Aquí el ancho de la cordillera alcanza unos 100 kilómetros en su punto más amplio. Después de unirse con el Sonche, las aguas combinadas siguen descendiendo 95 kilómetros rumbo noroeste, pasando por otro cañón angosto hasta desembocar en el Marañón, cerca de la ciudad de Bagua, a 350 msnm.

Bajando por vertientes menos pobladas en dirección noreste se encuentran los ríos Imaza (Chiriaco) y Nieva. Al pie de la vertiente nororiental de la cordillera, el río Mayo baja al valle ancho de Moyobamba a través de bosques premontanos entre 1500 y 800 mnsnm, para desembocar en el Huallaga. Al sur del río Mayo, también desembocan al Huallaga los ríos Sisa y Saposoa. Otros ríos que descienden hacia las tierras bajas del sureste son los ríos Huambo, Jelache, Chilchos, Lejía y Huabayacu, todos tributarios del gran río Huayabamba, cuyo amplio valle atraviesa las faldas orientales hasta su encuentro con el Huallaga cerca de la ciudad de Juanjuí.

Chachapoyas sur: La topografía de la parte sur de Chachapoyas pertenece al mismo macizo, por donde se estrecha y se agudiza, formando el alto margen derecho del cañón del río Marañón. En cuanto a la geología, predominan formaciones metamórficas precámbricas, sedimentarias triásicas y volcánicas terciarias, con grandes intrusiones y capas plutónicas de roca ígnea intercaladas. Existen depósitos de minerales como el oro y la plata que siempre figuraron dentro de la historia de actividades económicas. Picos rocosos alcanzan 4500 mnsnm y más sobre valles alpinos esculpido en forma de «U» por eventos glaciales pleistocénicos. Debajo de los valles glaciales, a 3500 mnsnm, las vertientes son acanaladas con sinnúmero de quebradas y riachuelos de tamaños variables. De norte a sur, los ríos Tepna, Jelache, Pajatén, Montecristo y Abiseo desembocan en el río Huayabamba, antes de unirse con el río Huallaga. Siguiendo al sur, los ríos paralelos Mishollo y Tocache también drenan bosques montanos per-húmedos hasta desembocar directamente en el Huallaga.

Cabe destacar que la cuenca del río Huayabamba es la más grande que penetra las faldas orientales del macizo y es navegable con balsas y canoas por casi 100 km hasta su unión con el río Huallaga. Es lógico suponer que este sirvió como avenida fluvial principal a la selva baja del valle medio del río Huallaga durante tiempos prehispánicos (Church 1996).

Hoy en día la población se distribuye por los valles húmedos de altura media, igual como en el norte. Debido a su empinada gradiente, las zonas ecológicas de la cordillera del sur por la localidad de Uchamarca están «comprimidas», facilitando la práctica agrícola conocida como la estrategia «vertical» descrita por Murra (1972), y analizada por Brush (1977). Por el lado oriental de la cordillera, el límite superior de los bosques nublados de la Ceja de Selva oscila alrededor de los 3500 msnm (Young y León 1999), pero el límite «natural» de los bosques estaría por encima de 3700 mnsnm, si no fuera por los frecuentes incendios provocados por los campesinos ganaderos (Bush *et al.* 2011: 43). Durante las últimas décadas ha aumentado la colonización y deforestación de los valles orientales, especialmente entre los 2500 y 1000 msnm. Por la falta de infraestructura moderna, es mucho menos lo que se sabe de la arqueología de la parte sur de Chachapoyas. No obstante, investigaciones en las cuencas del Huabayacu y Montecristo han documentado una densidad sorprendente de asentamientos prehispánicos (Lennon *et al.* 1989; Schjellerup 1992, 1997; Lerche 1995; Church 1997; Muscutt 1998; Bueno y Cornejo 2009).

2.3. Cambios paleoclimáticos y paleoambientales

Son pocas las investigaciones paleoambientales en la región de Chachapoyas, pero están incrementando paulatinamente. Lo que es cierto según todas las evidencias, es que milenios de actividades humanas durante el Holoceno han convertido la región de Chachapoyas en paisajes sumamente antropogénicos. Gran parte de Chachapoyas fue deforestada en el pasado y luego cubierta de bosques montanos tropicales, que se recuperaron después del colapso poblacional indígena entre 1500 y 1900 (Vásquez de Espinoza 1969[ca.1630]). Actualmente, el crecimiento de población, la inmigración, las actividades agrícolas, agropecuarias y mineras están acelerando nuevamente la deforestación. En cuanto a nuestro conocimiento de los paleoambientes prehispánicos, es lamentable que la sierra norte, por el lado oeste del valle del Marañón siga siendo una incógnita por la falta de estudios detallados sobre el Holoceno. Sin embargo, se han publicado recientemente los resultados de análisis de sedimentos y polen de la laguna Sauce (600 msnm), ubicada cerca de la ciudad moderna de Tarapoto (Bush *et al.* 2016), donde se encontró evidencia temprana de cultivo y granos de maíz alrededor de 4300 a.C. Las siguientes evidencias de cambios climáticos y medioambientales en la región de Chachapoyas y regiones colindantes, demuestra que los estudios de otras disciplinas, como la geología y la biología, no solo complementan nuestro conocimiento del pasado chachapoyano sino lo enriquecen de maneras a veces inesperadas.

2.3.1 Registros medioambientales en el norte

Hasta ahora las investigaciones paleoambientales para el Holoceno en los Andes nororientales peruanos están basadas en el análisis de registros sedimentarios e isotópicos. La cabecera de montaña

del alto Utcubamba es de constitución kárstica y aloja lagunas de formación glacial o disolución calcárea, que son apropiadas para realizar investigaciones paleoecológicas. Afortunadamente, la misma predominancia de formaciones kársticas favoreció la formación de cavernas con espeleotemas, adecuadas para realizar estudios paleoclimáticos.

En esta región se cuenta con cuatro principales registros paleoclimáticos obtenidos mediante análisis isotópicos de espeleotemas hallados en las cavernas kársticas de Cascayunga, Shatuca, Palestina y Cueva del Tigre Perdido. Estas cavernas se ubican aproximadamente a 50 kilómetros hacia el este de la frontera nororiental de Chachapoyas, dentro de los bosques premontanos del valle del río Mayo, entre 800 y 1000 msnm. Aunque los registros no se recogieron dentro de los límites de Chachapoyas, estos han rendido información invaluable sobre la historia de la temperatura y precipitación, permitiendo identificar épocas secas y húmedas que afectaron la cordillera. Los resultados complementan el registro del casquete glacial de Quelccaya ubicado al sur (Thompson *et al.* 2013), aunque los mismos cambios paleoclimáticos en cada localidad no comenzaron ni terminaron simultáneamente.

Los registros locales de las cavernas sirven a los arqueólogos para evaluar las hipótesis de que una sequía prolongada en la cordillera central entre c. 1100 y 1500 d.C. provocó la migración de poblaciones hacia los Andes orientales de Chachapoyas (Moseley 2001). Principalmente, nos interesaría saber de cambios climáticos que pudieron estar correlacionados con momentos de cambio adaptivo en aspectos de subsistencia, movilidad, uso de las tierras y/o cambios demográficos como los ya postulados. Este periodo de precipitación errática y disminuida ha sido identificado como parte de la manifestación sudamericana de lo que se ha denominado la Anomalía Climática Medieval (ACM), y su datación ha sido refinada mediante el uso de más datos de más sitios, incluso datos de las cavernas, para colocar la ACM entre c. 920 y 1100 d.C. (Vuille *et al.* 2012). Ningún registro espeleológico de las cavernas es idéntico a los otros, pero el registro de más resolución que abarca los siglos de mayor interés arqueológico proviene de la cueva Palestina (870 msnm). Su registro muestra señales de la ACM entre c. 920 a 1100 d.C. (Apaéstegui *et al.* 2014).

En cuanto a estudios paleoambientales en el norte de Chachapoyas, solo se ha concluido un análisis paleoecológico en la laguna kárstica de Pomacochas (2220 msnm), en pleno bosque montano (ahora deforestado). Allí, los paleoecólogos recuperaron y analizaron una muestra de sedimentos estratificados (Bush *et al.* 2015) abarcando entre 3500 cal. a.P. hasta el presente. Por su gran profundidad, el equipo no logró alcanzar los estratos basales de la laguna, pero recuperaron amplia evidencia del contexto paleoambiental del bosque montano, y una historia de quemaduras antropogénicas y cultivo de maíz alrededor del lago entre c. 1350 a.C. y 750 d.C., con un hiato entre 210 a.C. y 130 d.C. Cabe señalar que estas fechas son aproximaciones derivadas de un modelo de "edad-profundidad". No tenemos certeza si los habitantes siguieron cultivando el maíz en otras localidades más apartadas, si se enfocaron en otros cultivos, o si abandonaron sus viviendas alrededor de la laguna. A partir de 750 d.C., los indicios de la actividad humana disminuyeron y se estabilizaron. Un incremento muy marcado en polen de aliso (*g. Alnus*), que alcanzó su mayor abundancia alrededor de 1100 d.C., podría señalar varios siglos de actividad humana agroforestal. La comparación del registro de Pomacochas con el registro de la cueva Palestina sugiere que el abandono del cultivo de maíz ocurrió más de un siglo y medio antes del período ACM. Es más, el registro palinológico de Pomacochas es consistente con el registro de la cueva Palestina. Ambos registros indican que los años alrededor de 750 d.C. corresponden a un período húmedo regional (Apaéstegui *et al.* 2014; Bush *et al.* 2015).

Más recientemente, se terminó la primera etapa de estudios paleoecológicos en la laguna de Los Cóndores (2860 msnm) ubicada dentro del bosque montano a 20 kilómetros al sureste de Leymebamba, en el centro de la región prehispánica de Chachapoyas (Matthews-Bird *et al.* 2017). La laguna tiene fama por la presencia del sitio mortuorio del mismo nombre donde hallaron más de 200 momias en 1997 (von Hagen y Guillén 1998) y por el asentamiento arqueológico de Llaqtacocha (von Hagen 2002a). Un núcleo recuperado en la laguna de Los Cóndores permitió analizar diatomeas y las propiedades geoquímicas de los sedimentos de los últimos 2000 años y

fueron usados como indicadores de la actividad humana. Las características de los estratos basales indican que las laderas circundantes a la laguna experimentaron impacto humano, probablemente deforestación y erosión producidas por el cultivo y/o pastoreo. El incremento de materiales orgánicos durante los primeros siglos hasta c. 800 d.C., generó condiciones eutróficas en la laguna.

A partir de c. 850 d.C., la laguna de Los Cóndores experimentó un cambio gradual de condiciones eutróficas, a condiciones oligotróficas, transformación que atestigua el abandono o cambio en el uso de las laderas alrededor de la laguna, muy notablemente alrededor de 1100 d.C. La evidencia radiocarbónica de las tumbas y del asentamiento (Wild *et al.* 2007) sugiere un cambio en el uso del paisaje a partir de c. 1250 d.C. Vestigios de un sistema de terrazas hacia el este y debajo del desagüe de la laguna, coincidentes con las nuevas condiciones oligotróficas estables en la laguna, señalan que las estrategias adaptativas de la población cambiaron. Este cambio permitió el resurgimiento de la vegetación y la estabilización de las laderas circundantes. Los registros paleoclimáticos de los Andes orientales y las dataciones radiocarbónicas correspondientes a las primeras construcciones de tumbas en los farallones sobre la laguna de Los Cóndores y de Llaqtacocha indican que estas estructuras se erigieron durante un período húmedo posterior a la ACM (después de 1100 d.C.). Por esta razón, el origen de estos restos arqueológicos, no puede ser atribuido a las poblaciones inmigrantes. El análisis de polen que actualmente se lleva a cabo puede revelar más detalles sobre las actividades humanas tempranas que todavía no conocemos.

2.3.2. Registros medioambientales en el sur

La parte sur de Chachapoyas cuenta con dos registros paleoecológicos derivados del análisis de sedimentos lacustres colectados en los valles interandinos de Manachaqui y Chochos, cerca de Pataz, los cuales se hallan a 9 kilómetros uno del otro (Hansen y Rodbell 1995; Bush *et al.* 2005). Los dos registros son complementarios e importantes porque abarcan los últimos milenios del Pleistoceno y todo el Holoceno, y mostraron la historia de los cambios de la vegetación en esta región. Cabe señalar que algunos geógrafos están postulando que la zona de vida subandina tropical, también conocida como el páramo posglacial, es un paisaje de origen antropogénico el cual fue deforestado a principios del Holoceno debido a las actividades humanas (Sarmiento 2012; White 2013). Desde cualquier punto de vista, los paisajes contemporáneos son el resultado de una historia y procesos complejos.

La laguna Baja (3590 msnm) se ubica en el valle subandino de Manachaqui, donde también se encuentra el sitio arqueológico cueva Manachaqui. Sus aguas fluyen en dirección oeste y desembocan en el río Marañón. En cambio, la laguna Chochos (3215 msnm) se encuentra al interior del bosque nublado, y sus aguas fluyen hacia al este siendo afluente de los ríos Montecristo, Huayabamba y finalmente el Huallaga. Los hallazgos palinológicos de la laguna Baja indican que estuvo rodeada por bosque montano muy húmedo al final del Pleistoceno. En ese momento, la cantidad elevada de carbón en los sedimentos corresponde a un largo periodo seco al comienzo del Holoceno. El análisis también proporciona indicios de agricultura y disturbios indicados por la presencia de especies ruderales alrededor de 5000 cal. a.P. (3000 a.C.). La evidencia es consistente con la presencia de restos botánicos de *Chenopodium*, actividades agrícolas y de ocupación humana descubiertas en la cueva Manachaqui (Church 1996; Pearsall 1996).

Un reconocimiento arqueológico dentro del valle de Chochos en 1986 mostró que existen pocos indicios de ocupación humana intensiva. El estudio palinológico de sedimentos procedentes de la laguna es más significativo y atestigua que el límite superior del bosque, a pesar de los cambios del clima, no descendió por debajo de la elevación de la laguna de Chochos (Bush *et al.* 2005). La continua persistencia del bosque por encima de la laguna desafía la hipótesis de Thompson y colegas (Thompson *et al.* 1994). Ellos postularon que un gran descenso de la línea del bosque hubiera facilitado el poblamiento del valle Montecristo donde se localizan asentamientos como el Gran Pajatén, Cerro Central y La Playa. El registro palinológico de la laguna de Chochos desafía la hipótesis del descenso de la línea de bosque y sugiere que el bosque tropical no fue un obstáculo para el asentamiento de pobladores que, según evidencia radiocarbónica, llegaron a ocupar alturas de 2,800 msnm alrededor de c. 400 a.C. (Church 1991, 1994).

2.3.3. Contribuciones de los estudios paleoambientales a los estudios regionales

Las contribuciones de estudios paleoambientales que acabamos de revisar están proveyendo nueva información sobre la cronología de ocupación y ecología humana en Chachapoyas prehispánica que incluye la identificación de plantas cultivadas, y la historia de prácticas de cultivo. Del conjunto de nuevos datos, se pueden listar los siguientes hitos:

- la ocupación humana temprana y el cultivo de maíz cuentan con fechas de 1350 a.C. en los bosques montanos húmedos alrededor de la laguna Pomacochas;
- investigaciones en la laguna de Los Cóndores revelaron la historia del uso humano de las tierras al interior del bosque montano desde hace más de dos milenios a.C.;
- la ACM entre 920 y 1150 d.C. no coincide temporalmente con evidencia arqueológica (aun no especificada) de una llegada abrupta de poblaciones alóctonas;
- la evidencia de que los bosques montanos tropicales no obstaculizaron el asentamiento ni el aprovechamiento de las tierras desafía los planteamientos de Steward (1948), Bonavia y Ravines (1967) y (Kauffmann 2013).

El uso de registros paleoambientales está cambiando la tez y substancia de la arqueología chachapoyana. Los resultados desafían a las teorías reduccionistas sobre la ecología humana en zonas tropicales y presentan nuevas interrogantes a responder. Es más, las fechas correspondientes a la ACM (920-1150 d.C.) coinciden con la transición panandina entre el Horizonte Medio y el Período Intermedio Tardío y, más notablemente, a la época de máxima expansión y desintegración del imperio Wari entre las Épocas 2 a 4 (ca. 800-1050 d.C.). El número de nuevos hallazgos que evidencian una influencia bien marcada de la cultura Wari en Chachapoyas está incrementándose. Las secuencias cronológicas a través de Chachapoyas muestran una escasez de fechas radiocarbónicas desde el siglo VIII hasta el siglo XII. Por lo tanto, cualquier explicación de cambios culturales durante estos siglos debe tener en cuenta todos los factores medioambientales, demográficos y geopolíticos externos tanto como los procesos sociales internos. Tal reto es formidable, más aún por la escasez actual de datos arqueológicos de esta región.

3. Buscando a «los chachapoya»: la identidad cultural, la narrativa colonial y las sociedades fronterizas

Como señalamos en la parte anterior, los límites geográficos que se escogen para definir el territorio de Chachapoyas dependen de los criterios empleados para definir lo que era «Chachapoyas», y de cuáles grupos o restos arqueológicos cumplen con tales criterios en determinado momento histórico o prehistórico. En esta sección, trazamos el desarrollo de este concepto a través de las fuentes escritas coloniales y dentro de los estudios etnohistóricos.¹ Desarrollamos la hipótesis de que Chachapoyas nunca existió como región políticamente o socialmente integrada, sino que este concepto se desarrolló a través de los acontecimientos históricos durante épocas inka y colonial.

3.1. El legado narrativo de Garcilaso y Blas Valera

Como asevera Schjellerup (2005: 93), los cronistas del siglo XVI como Betanzos, Cieza y Cobo — quienes registraron todo tipo de detalle sobre otras sociedades de los Andes—, demostraron poco interés en la lejana región de Chachapoyas. Según la autora, «los cronistas españoles tempranos del siglo XVI describieron al grupo étnico llamado ‘chachapoya’ como a uno particularmente distinto de las otras etnias andinas del Tahuantinsuyo o imperio incaico», sentimiento también expresado por los viajeros europeos del siglo XIX y los primeros arqueólogos en el siglo XX, quienes comentaron cuán distintos fueron los topónimos, los restos arqueológicos y los contextos medioambientales de las otras culturas centroandinas (*u.g.* Werthemann 1892; Langlois 1939; Bandelier 1940[1893]).

El primer cronista que visitó la comarca fue Vásquez de Espinoza (1969[c.1629]) recién durante el siglo XVII. Pero fue la crónica de Garcilaso de la Vega (1966[1609]) que más ha influido en los

estudios antropológicos y arqueológicos de la región durante la mayor parte del siglo XX, además de unos comentarios sobre la entrada del conquistador Pedro de Alvarado que se encuentran recopilados por Cieza de León (1959, 1996 [1553]) y Jiménez de la Espada (1965[1897]). Garcilaso nunca conoció Chachapoyas de primera mano, pero su crónica presenta un cuerpo de información de naturaleza etnográfica, además de una relación esmerada de la conquista inka de la región, los cuales se basan en un documento originalmente escrito por un mestizo nacido en Chachapoyas durante las primeras décadas coloniales, el padre jesuita Blas Valera.

Según la narrativa integrada de Valera y Garcilaso (1966[1609]:198), la comarca que conquistaron los inkas fue el centro del «reyno» de Chachapoyas, una «nación» y unidad política con cierta homogeneidad sociocultural que extendió su dominio sobre casi toda la cordillera nororiental. Aunque la mayoría de autores posteriores no han tomado en serio la idea de que Chachapoyas constituyó un reino, concuerdan con Garcilaso (y Valera) en representar a la región como un área étnica o cultural dentro de la cual moraban grupos sociopolíticos vinculados por parentesco y alianzas fluidas, coexistiendo a pesar de rivalidades y competencia.

Hacia el fin del siglo XX comenzó a cristalizarse la narrativa etnohistórica que trataba a las gentes prehispánicas de Chachapoyas como una sola unidad cultural integrada y delimitada en el espacio. Hoy en día esta narrativa etnohistórica combina la narración Valera-Garcilaso con las interpretaciones de documentos históricos descubiertos por el etnohistoriador Waldemar Espinoza Soriano (1967), y las interpretaciones de documentos descubiertos y publicados por Schjellerup (2005[1997]) y Zevallos (1995[1987]). Espinoza Soriano ha sido la voz más influyente en el desarrollo de tal narrativa porque él fue el primero en reconocer, mediante el mapa que produjo, nombres y territorios de grupos étnicos ignorados por Garcilaso de la Vega (Fig. 7). A la vez planteó de modo tajante que estas sociedades formaron un paisaje sociocultural homogéneo. Espinoza Soriano incluso presentó un conjunto de atributos culturales (1967: 235): «Todos los ayllus chachas [Chachapoyas] poseyeron una cultura uniforme y hablaron el mismo idioma, gracias a lo cual las relaciones intercomunales fueron continuas y fáciles entre ellos. Todos también tuvieron un mismo dios de carácter general: Curichaculla. Los trajes, las danzas y la música asimismo fueron idénticos». Sin embargo, como anotan Zevallos (1995[1987]), Lerche (1995: 32), Schjellerup (2005: 96) y Taylor (2000: 12), los documentos inéditos que publicó no ofrecen ninguna información que respalda estas y otras conclusiones. Lamentablemente, muchos estudios posteriores han incorporado tales interpretaciones dándolas por sentadas.

Hasta la fecha, los estudiosos han postulado la existencia de todo tipo de organización sociopolítica dentro de Chachapoyas —desde ayllus autónomos (Espinoza 1967) hasta un estado expansionista con su capital en Kuélap (Narváez 2013)—, pero pese a esta diversidad de opiniones respecto a la organización sociopolítica, persisten las descripciones de «los chachapoya» (o hispanizado, «los chachapoyas») como si fuera una sola población singular que compartiera una cultura, una lengua, y el mismo origen o parentesco. Esta suposición propaga una imagen poco realista de una cultura homogénea, hasta implica la existencia de una integración política, la cual se extendía por los 30.000 kilómetros cuadrados que abarcaba esta región. La imagen normativa de una «cultura Chachapoya», como si estas sociedades estuvieran congeladas en el tiempo, o fueran inmigrantes sin raíces prehistóricas propias, parece ser producto de la elaboración de un «presente etnográfico» que nunca existió (Trigger 1981; Lightfoot 1995). En fin, existen fundamentos para dudar del grado de precisión —si no la veracidad y la utilidad—, del relato de Garcilaso, tema que tratamos abajo.

3.1.1. El texto de Garcilaso-Valera

¿Cuál fue el proceso de desarrollo de la narrativa de Garcilaso y Valera? Según el estudio biográfico publicado por Hyland (2003), Blas Valera nació en 1544 en Levanto, el primer asentamiento colonial en Chachapoyas, o en Quitaya, que fue el repartimiento de su padre, el conquistador y alcalde Luis Valera. Se sabe poco de su madre, la mujer de Luis, pero aparentemente tenía sangre de la nobleza inka. El joven Valera fue adoctrinado y ordenado al sacerdocio jesuita, pero como

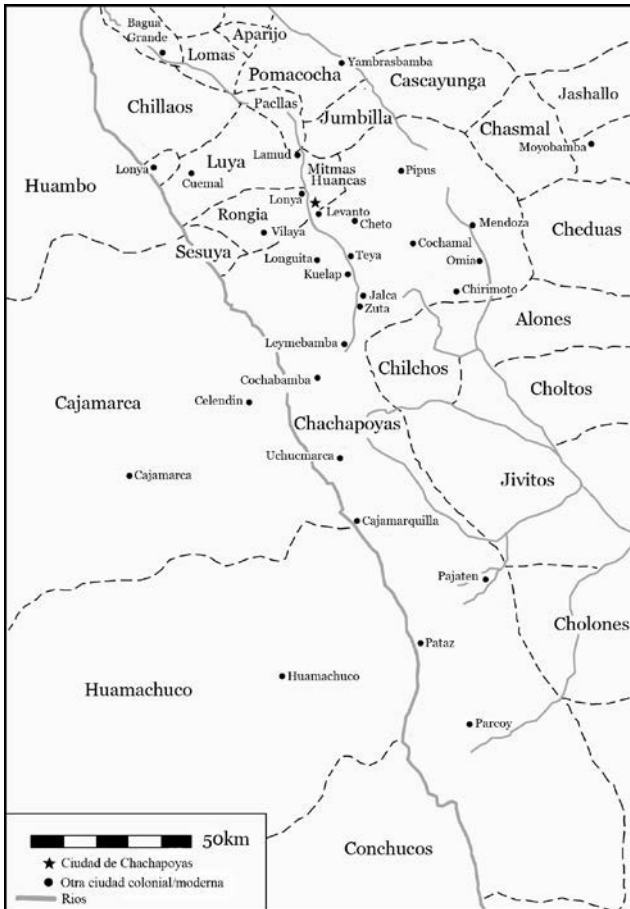


Figura 7. Mapa elaborado en base del mapa original de Espinoza (1967) de las etnias de Chachapoyas y las colindantes. Se aprecian varios errores en cuanto a la geografía, además de la presencia de grupos desconocidos.

mestizo partidario de asuntos indígenas, él terminó acosado y aprisionado hasta los últimos años de su vida, los cuales dedicó a terminar su gran obra *Historia Occidentalis* alrededor de 1590. Garcilaso explica que el manuscrito de la obra fue destruido durante el saqueo de Cádiz en 1596, salvo unas partes que él obtuvo y reprodujo. La contribución de Valera al texto sobre Chachapoyas consiste en recuerdos de su juventud hasta que cumplió quince años y fue mandado a Trujillo para su educación. Por lo tanto, su narración se basa en las historias orales que él oyó de su padre Luis, y tal vez de otros conquistadores (ya hechos encomenderos) que residían en la ciudad colonial.

El texto Garcilaso-Valera ofrece poca información sobre los atributos de las sociedades de Chachapoyas. Según el texto Garcilaso-Valera, Chachapoyas antes de la conquista inka «pudieramos llamar Reyno (sic), porque tenía más de cincuenta leguas de largo [norte-sur], y veynte de ancho» (Garcilaso 1966[1609]: 198), sin incluir el territorio de Moyobamba hacia el oriente. Si estimamos que cinco kilómetros aproximan una legua, el área sumaría unos 250.000 kilómetros cuadrados. Además, cuenta que la provincia de Chachapoyas «tenía más de 40.000 vecinos», número que se supone refiere a la cifra de tributarios, y tal vez después de la conquista (*ibid.*197). Esta suma debe representar a 200.000 personas (si estimamos que cada tributario corresponde a una familia de cinco personas). A juzgar por las cifras reportadas de Chachapoyas y de los Andes por Schjellerup (2005) y Cook (2004), estos números podrían aproximar la realidad prehispánica antes de las olas de epidemias que introdujeron los europeos. Sin embargo, no se sabe si la cifra incluye las comunidades «deportadas» como *mitimae*. Zevallos (1995[1987]: 17), especifica que el castigo por una sublevación (probablemente la de Cajamarquilla) dado por el inka Wayna Qhapaq, fue

«según cuenta la Relación de Oidor Santillán, por medio de feroces deportaciones masivas de los Chachapoyas hacia el sur del Perú». Si la cifra de 200.000 corresponde a la tasa poblacional después de las deportaciones, entonces esta cifra podría ser una infravaloración significativa. En cuanto a la tasa poblacional mencionada en el texto, o inferida, aparece la duda por la falta de certeza sobre la definición de «los Chachapuyas» —o «los Chachas (que también admite este nombre aquella nación)» (Garcilaso 1966[1609]: 198)— que manejaba Valera como identidad social, y sobre la extensión de la provincia geopolítica durante la ocupación inka y la época colonial.

La narración de Garcilaso más citada trata de las batallas emprendidas durante la conquista de las gentes de Chachapoyas por las tropas de Topa Inka Yupanki (Garcilaso 1966[1609]: Libro octavo, Capítulos 2 y 3). El ejército del inka emprendió su campaña desde el sur y «la provincia vecina de los Huacrachucos». Marcharon hacia el norte sobre la cresta de la cordillera, abriendo batallas una tras otra a los «pueblos» de Pías, Cunturmarca [Condormarca], Cajamarquilla [hoy Bolívar], Papamarca, Raymipampa [Leymebamba] y Suta, para concluir su campaña en Llauantu [Levanto], que fue «el postrer pueblo principal de la provincia Chachapuya» (*ibid.*: 199). Este recuento publicado por Garcilaso seguramente se originó del texto perdido de Blas Valera. La narración debe ser fiel a grandes rasgos, pero como es bien conocido que Valera era originario de Chachapoyas, nadie ha puesto en duda la veracidad de su relato, ni ha evaluado su grado de precisión. Al considerar el texto en detalle, surgen interrogantes sobre el uso de términos y problemas con la interpretación de prácticas semánticas dentro de los documentos coloniales tempranos.

En su análisis de las crónicas y documentos, Langlois (1939: 228) comentó que el uso del término «provincia» por los cronistas le pareció «bastante vago». De acuerdo con Langlois, nos parece que los primeros españoles en Perú utilizan la palabra «provincia» para indicar cualquier «territorio de uno o más grupos sociopolíticos», y no necesariamente una unidad geopolítica delimitada. De igual manera, un «pueblo» podría indicar miembros de un grupo sociopolítico, tal vez uno o más ayllus relacionados, pero no necesariamente un asentamiento grande o pequeño. Antes de las manipulaciones demográficas del programa de Reducciones por el virrey Toledo en la década de 1570, los términos sociopolíticos más utilizados para hacer referencia a los indígenas andinos, incluso los de Chachapoyas, son «reparto», «repartimiento», «parcialidad» y «encomienda» (Cook 2008: 130-132). Los nombres enumerados en documentos tempranos como censos, no respetaron lugares de domicilio ni, al parecer, nombres de asentamientos. Entonces, hay ciertas evidencias que comprueban que esta narración estuvo basada en la realidad, pero solamente tomando en cuenta una semántica española colonial que no conocemos bien. Todos los «pueblos» conquistados corresponden a nombres de ciudades modernas, menos Suta y Papamarca². Además, el texto describe unas distancias entre pueblos que corresponden bien con la mayoría de las distancias actuales entre ciudades modernas epónimas. Sin embargo, los intentos de correlacionar ciudades modernas —que tal vez no se conocieron bajo tal nombre hasta las reducciones del virrey Toledo—, con complejos arqueológicos preinkas cercanos, siempre dejan lugar a dudas. Se encuentran problemas con sumas de leguas anotadas entre algunas localidades, y con la identificación del abra de «Chirmac Cassa», donde murieron 300 soldados inkas (Garcilaso 1966[1609]: 479) —la cual queda al norte del pueblo actual de Condormarca, y no donde la ubicó el relato de Garcilaso—. A pesar de los defectos, es impresionante la precisión geográfica de Valera, tomando en cuenta que habían pasado más de treinta años desde la época a la que corresponde el relato.

Cualquier discusión sobre el trabajo de Garcilaso debe reconocer los problemas de la confiabilidad de su obra. Rowe (1946: 196) y otros andinistas han puesto en duda la veracidad de las narraciones de Garcilaso por los prejuicios notables que demuestra a favor de los inkas, y por su asociación académica con Valera, a quien tenía mucho respeto. Se perciben frases de Valera que engrandecían los nativos Chachapoya —como, por ejemplo, la traducción que ofrece del nombre «Chachapuyas, que quiere decir lugar de varones fuertes... poblada de mucha gente muy valiente, los hombres muy bien dispuestos, y las mujeres hermosas en extremo» (Garcilaso 1966[1609]: 197)—. También ofrece la explicación dudosa de que «deseaba Tupac Inca Yupanqui reducir aquella provincia a su imperio por ser famosa» (*ibid.*).

Otro problema de la narración Garcilaso-Valera que parece significativo es la probabilidad planteada a modo de hipótesis, que la memoria de Valera transpuso eventos prehispánicos sobre una geografía cultural colonial —la única que conocía de primera mano—. A través de la narración de Blas Valera, se escuchan las «voces» de sus padres y de la nueva sociedad colonial —ninguno de los cuales fueron de descendencia nativa de la región—. La obra de Valera trata de la remembranza de un muchachito cuyos padres eran una mujer posiblemente emparentada con el inka Atawallpa (Hyland 2003: 9), y un soldado español quien acompañó a Alonso de Alvarado a la conquista de Chachapoyas, y alcalde del centro cívico colonial después. Por ello, el texto Garcilaso-Valera provee una visión borrosa de Chachapoyas porque los datos sobre la comarca y las poblaciones antes, durante y después de las épocas de dominación imperial, están entremezclados; es decir, añade una sombra de duda sobre toda su narración, especialmente sobre la supuesta homogeneidad cultural e integración política que Garcilaso describe para la época preinka.

3.2. Cieza de León y otras fuentes

Si bien la narración de Garcilaso es explícita en su descripción de «la provincia de los chachapoyas» como un reino en vísperas de la conquista inka, existen otros relatos en documentos provistos por testigos oculares de la conquista española que presentan una visión contraria. Dentro de la tercera parte de la *Crónica del Perú* de Pedro de Cieza de León (1996[1553]) y también en los apéndices del Tomo IV de *Relaciones Geográficas de las Indias* (RGI) de Jiménez de la Espada (1897), se encuentra la descripción más detallada del primer encuentro sostenido entre españoles y los chachapoyas con el título: *Primeros Descubrimientos y Conquistas de los Chachapuyas por el capitán Alonso de Alvarado*. El autor, de identidad incierta, fue testigo ocular de la conquista, o por lo menos utilizó documentación preparada por testigos como Juan de Alvarado, autor de otro documento más breve también publicado en el mismo volumen IV (Jiménez de la Espada 1897) por Jiménez de la Espada: *Memorias de las Cosas Primeras que Acontecieron en los Chachapoyas*. Estos documentos describen unas entradas por Balsas a la «puerta» de la cordillera del conquistador Alonso de Alvarado, unos tres años después de la captura de Atawallpa en Cajamarca.

Cuando llegó a Balsas y después a Cochabamba en 1536, Alvarado conoció «el cacique principal» de Chachapoyas llamado Guamán (Alvarado 1897[1555]); Espinoza 1967; Schjellerup 2005). Juan de Alvarado (1897: xv, xvi), el intérprete nativo de Cochabamba (Huamanchumo 2016), observó que Guamán ejercía autoridad sobre los caciques alrededor de Cochabamba, en Cajamarquilla y Leymebamba, en las zonas altas. Pero no todos los nativos obedecieron a Guamán. Al llegar a Levanto, los conquistadores fueron presentados a más gente aliada de Guamán y refugiados de otras partes donde había conflictos. El hecho que los aliados de Guamán procedían de las mismas localidades descritas por Garcilaso como los «pueblos» conquistados y ocupados por el inka Tupac Yupanqui, invita a especular que eran los saldos del grupo sociopolítico identificado unos sesenta o setenta años antes como los «chacha» o «Chachapoya», pero no se puede saber a ciencia cierta. Según la historia (Jiménez de la Espada 1897), en Levanto los nativos le rogaron al capitán Alvarado que salga con los conquistadores «contra unos de estos que tenían por enemigos que venían a les robar sus campos y heredades». El carácter de la queja hace sospechar que algunos sufrieron condiciones de hambruna, tal vez por falta de producción causada por la violencia y las distorsiones demográficas.

El relato *Primeros Descubrimientos* publicado por Cieza de León (1996 [1553]) y Jiménez de la Espada (1897), cuentan de los esfuerzos por pacificar la región llevados a cabo por Alvarado a veces sin derramar sangre, y a veces después de batallas repetidas, pero siempre con el fin de abrir más tierras donde los colonizadores españoles podrían asentarse y reclamar encomiendas de gente indígena quienes proveerían productos de sus trabajos en forma de tributo. Saliendo de Levanto, Alvarado enfrentó uno por uno a los «enemigos» de «los Chachapoya» que se conocieron por los nombres de sus tierras distintas. Estos nombres que figuran en los documentos son: Longuita, Jumbilla, Quita, Charrasmal, Gomarra, Casayunga y otros que los conquistadores enfrentaron

hasta su marcha a las tierras bajas de Bagua. El enfrentamiento más prolongado y difícil según el texto fue con los de Chillao, quienes pelearon bajo el mando de un guerrero con nombre de Gueymaquemulos (o Guayamil según Ruiz, este número; varía el deletreo de su nombre en las recopilaciones). Cabe señalar que algunos de estos grupos nombrados, especialmente los de Chillao, se han considerado como subgrupos de la nación o «cultura arqueológica» Chachapoya hasta ahora, y estas narrativas sugieren que varios grupos estaban en conflicto crónico. A diferencia de la narrativa de Garcilaso-Valera, lo que aquí se observa en las narraciones sobre las campañas de Alvarado es un paisaje geocultural fragmentado, muy lejos de ser políticamente unido como un reino. Pero no debe sorprender el estado caótico de las relaciones regionales, si se toma en cuenta que seguramente muchos grupos se esforzaban en reclamar tierras, derechos y pérdidas familiares después de muchas décadas de insurrecciones, seguidas por represiones y reajustes demográficos de parte de los inka, y por las oleadas de pestes que siempre reducían su números.

Ya que nuestro interés se centra en la organización sociopolítica regional antes, y no después de la conquista Inka, nos referimos ahora a un conjunto de documentos producidos durante visitas ordenadas por el virrey Toledo en 1572 y 1574, recopilados luego para un caso en litigio, y fortuitamente publicados por Espinoza Soriano (1967). Algunos de los testigos en el caso fueron ancianos que vivieron durante años bajo el dominio Inka. Lo que más llama la atención es un testimonio encontrado dentro del noveno documento titulado *Información sobre los Curacazgos de Leimebamba y Cochabamba*, preparado por don Diego de Vizcarra en 1574. Según el ítem 3: «antes que se fuesen conquistados los dichos indios y ayllus sus nombrados y sus comarcas por el dicho Topa Inga Yupangui, estaban los dichos ayllus e indios en diferentes pueblos y parcialidades; y en cada una de ellas había un señor sin ser sujeto a otro, hasta que siendo conquistados por el dicho Topa Inga Yupangui, les dio por señor y cacique principal de todos los dichos ayllus e comarcas al dicho Chuyllaxa...» (Espinoza 1967: 233 y Documento 9: 312). Este testimonio, sometido bajo amenaza de tortura, nos informa que las comunidades indígenas fueron autónomas y mayormente igualitarias, antes de la invasión de la región por Topa Inka Yupanki, y que después de las conquistas, los pobladores y ayllus se encontraron sujetos a traslados demográficos y reorganización según la jerarquía del sistema decimal siempre impuesto por el inka. En todo caso, este testimonio contradice de manera contundente la descripción de Chachapoyas como un reino extenso en el texto Garcilaso-Valera.

No se sabe nada de las condiciones políticas ni de los acontecimientos durante el interregno de años antes de la llegada de Alvarado, pero es cierto que los trastornos sociales, políticos y demográficos descritos en documentos y publicaciones etnohistóricas (v.g. Zevallos 1995; Schjellerup 2005), dejaron a las poblaciones regionales en estado de desesperación. La violencia entre grupos de nativos siguió, a pesar de la colonización española que echó raíces primero en La Jalca (1538), después en Levanto (1538), y por último en el sitio de la ciudad moderna de Chachapoyas (ca. 1545), hasta c.1572 cuando el virrey Toledo instituyó el programa de reducciones. En el asentamiento de La Jalca, Alvarado supervisó el reparto de nativos conducido por Guamán, mediante censos mantenidos con *kipus*, para entregarlos en encomiendas a los soldados que habían participado en la conquista. De inmediato, Alvarado y sus soldados tuvieron que atender casos de sublevación (v.g. por los de Chillao), hasta que tuvo que partir con sus soldados al sur para apoyar a los pizarristas en la guerra civil contra los almagristas. Según los primeros *Libros de Cabildos* de la ciudad colonial de Chachapoyas, los colonos españoles que se quedaron asentados en Levanto a partir de 1538 pasaron los años muy angustiados por el clima de violencia que reinaba por toda la región sin la presencia de Alvarado (Rivera Serna 1955). El trabajo de Schjellerup (2005) enumera el incremento de las quejas asentadas por los españoles que carecían de alimentos suficientes por la falta de producción en la región, siempre acompañadas por observaciones sobre la desaparición de nativos. Durante su visita a la región alrededor de 1615, Vázquez de Espinosa (1969[1620]: 403) comentó que: «la tierra tiene al presente pocos indios porque muchos han muerto, y otros se han retirado a la tierra de guerra que llaman los Aucaes» (con «los Aucaes» se refiere a las selvas del oriente).

Durante el siglo XVII, la pérdida de casi toda la población indígena debido a muchos factores, sobre todo a consecuencia de las epidemias que arrasaban la región en todo momento, se ve bien documentada en estadísticas compiladas por Cook (2004) y Schjellerup (2005). Según Cook (2004: 195), el noreste de los Andes del Perú experimentó una tasa de declive demográfico «en general, más del doble del promedio de la sierra norte», y que «igualaba y en algunos casos excedieron a las tasas de la costa». Los cambios demográficos, seguramente acompañado por ajustes sociales, han dejado al etnohistoriador frente a una gran disyuntiva histórica (ver discusión de Salomon 1986: 2-9). Aunque esta disyuntiva sea ampliamente reconocida por etnohistoriadores contemporáneos —y no estuvo limitada a la región de Chachapoyas—, es probable que, en realidad, las interpretaciones del pasado chachapoyano han subestimado la severidad de los cambios culturales y demográficos profundos que transcurrieron durante los siglos XVI y XVII.

3.3. Chachapoyas, Chachas y nombres epónimos

Un interrogante que la literatura primaria no aclara es el significado de la referencia «Chachapoyas» en cuanto a la identidad sociocultural. Se ha invertido gran cantidad de tinta en el intento de descifrar la etimología de este nombre; entre otros, se ha concluido que para los invasores quechua-hablantes quería decir «hombres de nubes», «nubes de árboles», «bosque de nubes», o posiblemente una mezcla de términos bilingües que incorporó el nombre indígena Chacha (*v.g.* Lerche 1995: 26-29; Schjellerup 2005: 50-51). Pero en el contexto de la presente discusión, lo que más nos interesa no es la construcción etimológica del término, sino el proceso en que los inkas, los españoles y, finalmente, los arqueólogos, llegaron a emplearlo para identificar a ciertas poblaciones.

Schjellerup comenta que la crónica de Garcilaso es la única que utiliza el apelativo «Chacha» como sinónimo de Chachapoya, aunque ella y Zevallos observan que «Chacha» aparece entre los nombres de repartimientos y encomiendas durante el período colonial (Schjellerup 2005[1997]: 59; Zevallos 1995[1987]: 17). Schjellerup especula que el término «Chachapoyas» se originó durante el inkario y, como otros etnohistoriadores, propone que representa una designación compuesta en que «Chacha» refiere a un grupo sociopolítico que tal vez correspondía en el pasado a un *ayllu* dentro de la región (2005: 59). Zevallos (1995) señala que aparte del texto de Garcilaso, el término «Chacha» no aparece en los documentos hasta la mención de «Lebanto y Chacha, Opipoytaqui» en la lista de encomenderos y repartimientos de 1561 (Hampe 1978: 103).

Siguiendo los pasos de Schjellerup, hicimos un repaso a las visitas, visitas recopiladas y documentos con visitas parciales para investigar si entre los nombres asociados con los muchos *mitimaes* que fueron trasladados a través de los Andes, figuraba el término «Chacha» o «Chachapoya», o una clara variación basada en uno de los dos. Después de consultar el contenido de seis visitas, encontramos ocho instancias claras de la mención de «Chacha» o «Chachas», y tres instancias de la mención «mitmas Chachapoyas» (Tablas 1 y 2). Inciertas pero probables son las menciones de «Andaguaychachas» en 1583 y tal vez «Chachaslebamo» en 1614-1617, pero nos parece que el segundo caso debe decir «Chachas y Levanto». Se incluyen varias instancias de las menciones de Chachas en Ecuador por Salomon (1986).

Los datos indican que había un grupo conocido como «Chacha» o «Chachas» (ver también Ruiz, este número) dentro de Chachapoyas, se asociaba con el asentamiento de Levanto, mientras también se identifican como grupos de colonos *mitimaes* en Condesuyo, los Guamalés y Cusco. Algunos fragmentos sociales del grupo mayor mantuvieron su designación como Chachas en momentos en que los inkas los dispersaron. Según Schjellerup y Zevallos (1995), el término «Chachapoyas» se refirió mayormente a la misma región a la que se refería con más frecuencia como «provincia» de modo formal e informal.

En cuanto al término «Chacha», proponemos de modo hipotético que fue un grupo que se reconoció por este nombre al llegar el inka Topa Yupanki hacia el fin del siglo XV, de igual modo como se reconoce los de Chillao, Luya, o Charrasmal en los documentos. Es más, la descripción de Juan de Alvarado de la distribución geográfica de los caciques aliados con Guamán sugiere que

Año	Corregimiento o provincia	Repartimientos, encomiendas o pueblos con mención de "Chachas"	Otros pueblos o lugares asociados	Referencia consultada
1535*	Quito	Chacha mitimae colonias y Chachapoya		Salomon (1986: 158-160)
1561	Provincia de Chachapoyas	Lebanto y Chacha		Hampe (1978:103)
1574	Ciudad de Chachapoyas	Lebanto y Chacsa		López de Velasco (1894:472)
1583	Corregimiento de Condesuyo	Repartimiento de Andaguaychachas		Miranda, Cristóbal de (1906: 218)
1583	Corregimiento de Condesuyo	Repartimiento de los Chachas y Ucuchachas	Incluye dos pueblos llamados Escalona de Ucuchachas y Zebreros de Chachas	Miranda, Cristóbal de (1906: 218)
1583	Corregimiento de la Provincia de los Guamalíes	Repartimiento de Ichoguanuco	Reducidos en dos pueblos, llamados: San Lorenzo de Chachas y San Francisco de Cascanga	Miranda, Cristóbal de (1906: 248)
1583	Corregimiento de Luya y Chillao	Repartimiento de Chachas y Mitimaes	Reducidos en el pueblo de Levanto.	Miranda, Cristóbal de (1906: 266)
1591	Provincia de Cusco	Encomienda de Chachas y Yucuchachas		
1591	Provincia de los Chachapoyas (por revisitas)	Encomienda de Chachas y Mitimaes de Levanto, también figuran otra vez "Lebanto" y "Chachopas" pero separados		Torres de Mendoza (1866: 56)
1614-1617	Corregimiento de Chillaos y Luya	Repartimiento de Chachaslebamo [sic]		Vásquez de Espinoza (1620: 701)
1614-1617	Provincia y Corregimiento de Condesuyo	Chachas en lista de tributarios		Vásquez de Espinoza (1620: 706)

* No es visita

Tabla 1. Instancias de mención del nombre «Chacha» o «Chachas» en visitas consultadas.

Año	Corregimiento o provincia	Repartimientos, encomiendas o pueblos con mención de "Chachas"	Otros pueblos o lugares asociados	Referencia consultada
1591	Distrito de Trujillo	(Encomienda) Mitimaes Chachapoyas		Torres de Mendoza (1866: 44)
1601	Trujillo	Mitmas Chachapoyas		Hampe (1978)
1614-1617	Provincia y Corregimiento de Cajamarca	Mitmas Chachapoyas y Bracamoros		Vásquez de Espinoza (1620: 702)

Tabla 2. Instancias de mención del nombre «Chachapoyas» en visitas consultadas.

los rezagos de los chacha (ya casi irreconocibles por tal nombre), se encontraron por Levanto, y probablemente por Cochabamba, La Jalca, Leymebamba y Cajamarquilla. Parece que había algo de cierto dentro de la narración de Garcilaso-Valera en cuanto al área de la primera conquista, probablemente por el inka Topa Yupanki.

Durante la hegemonía Inka, Cajamarquilla fue casi el único lugar implicado en sublevaciones (Garcilaso 1966[1609]), mientras que, durante la época colonial, las insurrecciones fueron asociadas más con los chillao. Pero aún es difícil explicar por qué el nombre «chacha» se borró casi al punto de extinción, así como se extinguió totalmente el lenguaje preinka de la región antes del siglo XVIII o XIX (Taylor 2000; Valqui 2011). Nos parece que el colapso demográfico regional no es completamente adecuado para explicar la desaparición de Chacha como una identidad social (y una palabra) al inicio del período colonial. Entre los mapas preparados bajo la dirección del fray Martínez de Compañón durante el siglo XVIII, figuran dos acuarelas que ilustran la región de Chachapoyas (Macera *et al.* 1997; Schjellerup 2005, fig.10), probablemente pintado por el mismo artista. Una muestra toda la región como «provincia de Chachapoyas». El otro mapa muestra la provincia de Chachapoyas partida en dos partes por la provincia de Luya y Chillaos. A diferencia de los otros mapas de la época, la carta topográfica de la provincia de Luya y Chillaos, muestra a esta provincia con extensión sobre la mayor parte del norte de Chachapoyas, incorporando por primera vez asentamientos de la margen derecha del río Utcubamba como Soloco, Cheto, La Jalca y terrenos más allá del río Huambo, hasta las orillas del río Huayabamba. Es más, no se muestra la ciudad de Levanto. Los asentamientos de La Jalca y Levanto son los que se asocian más estrechamente con gente referida como «Chacha». La existencia de los dos mapas en competencia nos lleva a postular que habrían estado en juego factores políticos y tal vez animosidades muy antiguas entre grupos conocidos, y otros desconocidos, perdidos y hasta, borrados.

Planteamos que el término «Chachapoyas» emergió como epónimo a partir de la época de dominación Inka. El uso de los epónimos es una práctica bien conocida de poderes colonizadores. Así, los shuar se convirtieron en jíbaros, los asháninka se convirtieron en campa, y todos al final se convirtieron en chunchos (Brown y Fernández 1992). En el caso de Chachapoyas, se trata de un ejemplo en cámara lenta de cómo se desarrolló este proceso, descrito en la crónica de Murúa (1986[1611], capítulo 44). En efecto, su relato muestra cómo los «yndios de Pumacocha (Pomacochas)» perdieron su nombre y su identidad cultural propia después de la conquista inka de Waskhar y la siguiente incorporación a la provincia de «los Chachapoya». Dentro del texto, el autor vacila entre las referencias a los naturales como Chachapoya o como «indios de Pomacocha», tendencia que en cierto modo sugiere que los inkas consideraron tal distinción útil, según ciertos contextos descriptivos. Después de todo, los indígenas de Pomacochas terminan siendo unos chachapoya más.

Cabe señalar que los grupos referidos como chachas o chachapoyas mencionados dentro de las historias moraban en la cordillera oriental, al margen oriental del río Utcubamba. En cambio, las gentes a quienes los nativos de Levanto identificaron como «enemigos» (Jiménez de la Espada 1897), eran grupos como los chillaos y longuita de la margen occidental del río Utcubamba, o más al norte de Pomacochas y del territorio de Chachapoyas del inkario. De estos datos, se infiere de modo hipotético que los grupos indígenas asociados más estrechamente con los nombres Chacha y Chachapoya dominaron los territorios correspondientes a la cordillera oriental entre los ríos Utcubamba y Huallaga, y la cordillera al sur de Cajamarquilla hacia Pias. En cambio, los grupos asociados con los nombres de Luya y los Chillao, habitaron los territorios de la cordillera entre los ríos Utcubamba y Maraón.

Finalmente, los datos escritos comprueban que Chachapoya(s) fue concebida como una región y como una gente imaginada en las ópticas de cronistas e historiadores cusqueños y limeños, inkas y españoles (Zevallos (1995: 15). Estamos de acuerdo con su conclusión que el término fue aplicado inclusive a todas las poblaciones de la comarca durante la ocupación inka, para facilitar su manejo desde Cusco, y luego por los españoles desde la costa. Aunque no se encuentran instancias dentro de algún documento revisado en el que un individuo o grupo se autoidentificara como «Chacha», ni



Figura 8. Edificio circular en el sitio de Cataneo ubicado al oeste de Leymebamba. En muchos casos, la vegetación densa protege sitios que aún se encuentren en buen estado de conservación.

como «Chachapoya», los documentos sugieren que el término «Chacha» también fue un epónimo aplicado a uno o más grupos en algún momento de la prehistoria. Según el etnohistoriador Pease (1982: 189), los inkas impusieron orden y estructura política donde percibían que antes no había, «para eliminar caos». En el caso del término «Chachapoyas», los inkas fabricaron una identidad no sociopolítica, sino administrativa que por afuera pareciera una etnia homogénea.

4. De la Torre de Babel a un reino selvático: un breve resumen de la historia de los estudios sobre Chachapoyas prehispánica

El proceso de recuperación intelectual de la prehistoria de Chachapoyas —perdida tras siglos de desarrollo y truncada por la dominación inka y española—, ha sido un proceso largo y esporádico en comparación con otras partes de los Andes. Viajeros, observadores y exploradores han jugado un papel notable a través de sus estudios regionales (*v.g.* Gil 1938; von Hagen 1950; Flornoy 1955, 1969; Savoy 1970; Werthemann 1892; Muscutt 1998), pero el desarrollo de la arqueología por investigadores profesionales fue lento desde el principio, debido a las dificultades en el acceso, la ubicación remota de muchos sitios y la vegetación densa que cubre los sitios (Fig. 8) —además del impacto de varias presuposiciones teóricas a lo largo de la historia de los estudios—. En este acápite, presentamos una breve historia de los estudios arqueológicos y prearqueológicos en Chachapoyas. No proponemos ofrecer un resumen detallado —para eso dirigimos al lector a las obras de Schjellerup (2005) y Kauffmann (Kauffmann y Ligabue 2003)—, sino resumimos las tendencias teóricas e hitos principales que han influido en el desarrollo de la arqueología chachapoyana.

4.1. Kuélap y los viajeros del siglo XIX (1843-1893)

La historia del estudio de Chachapoyas ha involucrado esfuerzos de peruanos, europeos y norteamericanos, pero fue un chachapoyano, Juan Crisóstomo Nieto, quien la impulsó primero con la

publicación de una descripción de Kuélap a mediados del siglo XIX. Este episodio anunciaba la clase de sensacionalismo que ha caracterizado históricamente a la arqueología de los Andes orientales, donde el bosque montano esconde «ciudades perdidas». Nieto, juez y prefecto de la ciudad epónima de Chachapoyas, visitó Kuélap en 1843 después de que un campesino local le condujo al sitio. El reportaje que publicó en el diario *El Peruano* no llamó mucha atención hasta su recopilación por Rivero y von Tschudi (1851), cuando desató una serie de visitas de estudiosos extranjeros que también publicaron descripciones y dibujos de las ruinas, entre ellos Vidal Senèze (Senèze y Noetzli 1877, 1885), Charles Wiener (1884), Ernst Middendorf (1895), Stübel y Reiss (Reiss y Dietzel 1921) y Arthur Werthemann (1892). En 1892, el informe de Nieto fue recopilado nuevamente en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* por Modesto Basadre bajo el título sensacional *Torre de Babel en el Perú*. Los reportajes atrajeron al antropólogo suizo-americano Adolf Bandelier, quien realizó en Kuélap las primeras excavaciones arqueológicas dentro de Chachapoyas y el primer plano hecho con teodolito. Bandelier publicó sus trabajos arqueológicos de Kuélap y otros sitios del Utcubamba, además de informaciones etnográficas, en la primera obra dedicada exclusivamente a la arqueología regional (Bandelier 1940[1893]).

4.2. El desarrollo de una arqueología del Utcubamba (1893-1960)

En las siguientes décadas, estas descripciones iniciales provocaron esfuerzos más sistemáticos por profesionales que pretendían conocer los aspectos básicos de estas sociedades y trazar su historia. En 1933, el militar francés Louis Langlois encabezó una expedición al valle del Utcubamba respaldado por el gobierno de Francia, la cual resultó en la publicación de tres obras (1939, 1940a, 1940b) que ilustran la cultura material, presentan nuevas observaciones detalladas sobre Kuélap, reseñan las fuentes etnohistóricas, e informa sobre los vestigios arquitectónicos de sitios habitacionales y mortuorios. Desde las investigaciones de Bandelier, los estudiosos prestaron mucha atención a los topónimos como evidencias capaces de revelar orígenes culturales e influencias externas. Langlois (1940b: 226) enfatizó la geografía física del valle del Utcubamba, considerando el valle del Marañón un corredor de movimientos poblacionales. Versando sobre los orígenes poblacionales, concluyó que «se puede, hasta nuevo informe, admitir que han venido del Norte o del Nordeste, pero que han sufrido influencias meridionales, tal vez a consecuencia de conquistas más o menos antiguas». También durante los años 1930, dos peruanos realizaron investigaciones y descripciones, Napoleón Gil (1938) —quien examinó los sitios del Medio Utcubamba Lámud, Kacta, y Chipurik en la provincia actual de Luya— y Julio C. Tello (Tello 2004), cuya estadía en Amazonas en 1937 terminó en el sitio de Cochabamba cuando tuvo que regresar a Lima de emergencia.

Entre los hitos más impactantes de la arqueología regional se encuentran las excavaciones y los análisis que realizaron los esposos franceses Henry y Paule Reichlen cuando visitaron el valle del Utcubamba después de concluir trabajos previos en Cajamarca en 1937. Los trabajos que llevaron a cabo en los sitios de Chipurik, Revash y Kuélap fueron la base para proponer la primera cronología de desarrollo cultural regional de la cuenca del Utcubamba (Reichlen y Reichlen 1950). Los Reichlen identificaron tres «civilizaciones» secuenciales de desarrollo—*Cuélap*, *Chipurik* y *Revash*— en base a atributos culturales como la cerámica y las tradiciones mortuorias, y las asociaron con áreas geográficas delimitadas.

Las obras de los Reichlen, igual que los estudios previos, se distinguieron por el énfasis que pusieron en el sitio de Kuélap. Anteriormente, Bandelier (1940), Horkheimer (1959) y Langlois (1940b) habían opinado que Kuélap funcionó como un asentamiento fortificado, mientras que Horkheimer sugirió que también sirvió como sede de curacazgo. Los Reichlen también se esforzaron en identificar los orígenes de las poblaciones de Chachapoyas y trazar los vínculos con otras sociedades sudamericanas, otro tema que dominaría en el futuro de los estudios regionales. Anteriormente, Bandelier (1940: 16) había postulado a partir de los topónimos, que los habitantes de Chachapoyas no compartían el mismo origen como «sus vecinos occidentales». Los nuevos investigadores franceses —incluso Langlois, Flornoy y los Reichlen—, postularon que estas «civi-

lizaciones» habían llegado a Chachapoyas desde el norte, una interpretación compartida por el alemán Hans Horkheimer (1959) en su resumen de los trabajos de Chachapoyas.

4.3. El medioambiente, las perspectivas ecológicas y las migraciones (1960-1980)

Durante los próximos años, los investigadores empezaron a adoptar marcos teóricos dominantes del momento en otras partes de Sudamérica. En respuesta a los modelos ecológicos deterministas de Meggers (1954) y Steward (1948) —los cuales postularon que la selva baja y alta no pudieron sostener poblaciones humanas en la antigüedad—, Donald Lathrap (1970) y varios colegas se dedicaron a desarrollar investigaciones que eventualmente demostraron que las vertientes orientales de los Andes fueron ocupadas y utilizadas por casi todo su largo y ancho durante la época prehispánica (Allen 1968; Isbell 1968; Lyon 1981; Raymond 1972; Hastings 1985) (ver reseña en Church 1996).

En la parte sur de Chachapoyas, Duccio Bonavia participó en los trabajos dirigidos por Pimentel (1967) en el sitio ya famoso del Gran Pajatén en la cuenca del río Abiseo. Guiado por el modelo etnohistórico de la «verticalidad» de Murra (1972, Diez de San Miguel *et al.* 1964), Bonavia interpretó al sitio —como todos los demás asentamientos de la ceja de selva peruana—, como una colonia agrícola implantada por los inka (Bonavia 1968; Bonavia y Ravines 1967). La publicación de la interpretación de los datos de Gran Pajatén por Bonavia coincidió con la publicación de la obra de Espinoza (1967) donde intentó caracterizar la organización política y étnica de las sociedades de la provincia inka de Chachapoyas. Espinoza (1967: 333) incluyó al Gran Pajatén dentro del territorio del «grupo étnico Chachapoyas»; anteriormente, Bonavia y Ravines ya lo habían incluido con «los centros arqueológicos de la zona de Chachapoyas» en el área que identificaron como la «ceja de selva». Bonavia estuvo de acuerdo con la afirmación de Espinoza que el lugar en su mapa con el nombre de «Yaro» fue el mismo Gran Pajatén. Así, la región sur de Chachapoyas y la extensión norte de la «ceja de selva norte» se fusionaron como una sola área geocultural arqueológica, que coincide con el territorio descrito dentro de la narrativa Garcilaso-Valera.

Como Chachapoyas aún carecía de datos básicos sobre su historia cultural, los trabajos de Ruiz Estrada en Kuélap —que abarcaron la excavación de pozos profundos y la elaboración de la primera secuencia cronológica de cerámica—, fueron otro hito en la arqueología regional. Ruiz Estrada (1972, 2009) postuló cuatro fases (Cancharín; Pumahuanchina; Kuélap-Kuélap; Kuélap-Inka), la primera asociada al el Período Intermedio Temprano (c. 400 d.C.). El modelo de Murra también proveyó el marco teórico para orientar los trabajos arqueológicos de Thompson (1973, 1976, 1984) y el trabajo etnográfico de Brush (1977) en Uchucmarca, donde el arqueólogo uchucmarquino Vega Ocampo (1978, 1982) publicó las únicas descripciones hasta ahora del complejo monumental de Pirka-Pirka.

4.4. La invención de «los Chachapoya» (1980-2000)

Después de 1980 disminuyó la cantidad de trabajos arqueológicos en la sierra norte peruana debido a problemas sociales asociados con el crecimiento de actividades subversivas de Sendero Luminoso y el MRTA. No obstante, se llevaron a cabo varios proyectos dispersos de investigación. Los más notables fueron tres proyectos de largo plazo. En la parte central de Chachapoyas, Schjellerup y colegas (1984, 1992a, b, 1997/2005, 2002; Jakobsen *et al.* 1987/1988; Schjellerup *et al.* 2003, 2005, 2009) realizaron una serie de trabajos interdisciplinarios entre Chuquibamba y Cochabamba, en los que estudió la ocupación inka, los sistemas agrícolas y los sitios habitacionales preinka, además de realizar estudios etnohistóricos. En 1986, Narváz (1988, 1996a, b, 2013) inició un programa de excavación y conservación en el sitio monumental de Kuélap que continuaría por varias décadas. Al sur, un equipo internacional dirigido por Thomas Lennon realizó trabajos en varios sitios del Parque Nacional Río Abiseo; entre ellos figuraban excavaciones en el Gran Pajatén (Church 1991, 1994) y La Playa (Cedron 1989), prospecciones del área general (Church 1997; Lennon *et al.* 1989) y, eventualmente, las excavaciones de Church (1996, 2004) en

la cueva Manachaqui. Las últimas produjeron evidencias de transporte de larga distancia y una serie de fechas que se remontan hasta el Período Precerámico (Church 1997), lo cual se han interpretado como evidencia en contra de las teorías de colonización y migraciones tardías.

Por su parte, Lerche (1986, 1995) publicó varios libros sobre la base de estudios etnohistóricos, sus observaciones en el sitio de Óllape (La Jalca) y otras partes del valle del Utcubamba. Kauffmann (1980, 1989, Kauffmann y Ligabue 2003) realizó estudios de los sarcófagos antropomorfos (*purun machus*) y otros contextos mortuorios en la cuenca del Utcubamba. En 1989, Kauffman propuso su teoría de «serranización», un modelo que describe el movimiento de la civilización andina en gran escala hacia la cordillera oriental debido a sobrepoblación en la sierra a partir de 1000 d.C. Finalmente, en 1997 se rescataron unos 200 fardos de tumbas casi intactas de laguna de Los Cóndores, un descubrimiento que puso a Chachapoyas de nuevo en el ojo internacional, y prometió la oportunidad de hacerse de una fuente de datos insólitos de materiales orgánicos bien preservados (Guillén 2002, 2003; von Hagen 2002a, 2002b; Bjerregaard 2007).

El concepto de «Chachapoyas» vigente hoy en día se desarrolló principalmente durante este momento, a partir de las obras de dos estudiosos principales, además del legado de Garcilaso-Valera ya tratado. La primera estudiosa fue Schjellerup, cuya publicación *Incas y españoles en la conquista de los Chachapoya* —publicada primero en inglés (1997) y después en castellano (2005)— presentó un retrato de las sociedades «chachapoyas» como representantes de un mismo grupo cultural o étnico, que se originó a través de una historia compartida de resistencia contra los inkas y los españoles (ver también Schjellerup 2002). Por su parte, las publicaciones Kauffmann han aspirado a resumir la historia y prehistoria de Chachapoyas en un panorama amplio (2009, 2013; Kauffmann y Ligabue 2003). A través de una mezcla de marcos teóricos —incluso los de Morgan y Ratzel—, Kauffmann efectivamente cierra el círculo, y nos trae de vuelta al «reino Chachapoyas» del que oímos por primera vez en la crónica de Garcilaso.

5. Al siglo XXI: contribuciones al volumen

Al empezar el siglo XXI, la arqueología regional de Chachapoyas se encontraba en un momento de crecimiento y de grandes cambios. En este volumen pretendemos reflejar algunas de estas tendencias y por ello las dividimos en dos partes. La primera, *Poblaciones y sociedades*, se trata de la demografía, los aspectos físicos y la organización sociopolítica de estas poblaciones. El primer artículo, de Ruiz Estrada, refleja el interés del autor en la provincia de Luya a través de unos cuarenta años de estudio; sobre la base de fuentes etnohistóricas, plantea que durante el período preinka tardío, sus habitantes no sólo contaban con su propia identidad social y la autonomía política, sino que jugaban un papel importante en toda Chachapoyas. Como Narváz (2013), Ruiz plantea que Kuélap representó la capital de un estado regional, pero se diferencia fr este en que limita el sitio a la provincia de Luya, en vez de proponer que abarcaba a todo Chachapoyas. Este es el primero de varios artículos del volumen que muestran un enfoque en las áreas más allá del valle del Utcubamba, una dirección que distingue claramente a los estudios regionales actuales de los del siglo XX, o de antes. El segundo artículo, de Church y Valle, es una contribución de estudios realizados en la parte sur de Chachapoyas, y además es el único que trata los resultados de una prospección sistemática —un campo de estudios que aún queda notablemente limitado dentro de la arqueología regional—. Church y Valle utilizan estos datos para evaluar tres de los modelos principales del movimiento poblacional, y concluyen que ninguno cuenta con las evidencias suficientes para descartar la hipótesis del desarrollo local. La contribución de Koschmieder figura entre las pocas obras de la literatura actual que intenta recuperar la organización política de Chachapoyas a partir de evidencias arqueológicas. Koschmieder critica el modelo basado en obras etnohistóricas que postula que las sociedades locales estuvieron organizadas en curacazgos, y combina arquitectura doméstica, arte rupestre y contextos mortuorios para elaborar un modelo de sociedades igualitarias, que carecían de diferencias jerárquicas institucionalizadas.

Las siguientes contribuciones consisten en estudios bioantropológicos de los aspectos físicos de las poblaciones de Chachapoyas, presentando una dirección importante que se ha desarrollado en los estudios regionales a través de los últimos quince años (Epstein y Toyne 2016; Guillén 2002, 2003; Koschmieder y Gaither 2010, Koschmieder *et al.* 2014; Nystrom 2006, 2007; Toyne 2009, 2015a,b; Nystrom *et al.* 2010; Toyne y Narváez 2014). Mediante los análisis genéticos del ADN mitocondrial y del cromosoma Y, Guevara y sus colaboradores trazan las afiliaciones de personas de descendencia local con otras poblaciones andinas, amazónicas y americanas. Encuentran evidencias de un nivel elevado de diversidad genética, el cual interpretan en el contexto fronterizo de esta región. En contraste, Toyne y Narváez utilizan métodos biométricos y morfológicos en el estudio de la enorme muestra de restos humanos de Kuélap, para poner en duda la imagen tradicional, elaborada por los cronistas españoles, de que «los chachapoya» era gente excepcionalmente feroz, fuerte, blanca y hermosa. El último artículo de esta sección, de McCray, se basa al igual que los de Ruiz y Church y Valle, en estudios alejados del valle del Utcubamba, en el caso de McCray, en las cercanías de Rodríguez de Mendoza. Este artículo presenta un resumen de los sitios arqueológicos más notables de esta área y considera el potencial de tales zonas fronterizas para revisar nuestras concepciones de Chachapoyas como región cultural.

Las contribuciones de la segunda parte del volumen, *La cultura material a través del tiempo y el espacio*, se dedican a la tarea —hasta ahora poco desarrollada— de interpretar en términos sociales, la distribución de la cultura material a través de la historia y la geografía de Chachapoyas. El primer artículo, de Guengerich, figura entre los pocos ejemplos de la literatura regional que adopta una perspectiva comparativa que sistemáticamente compara una forma de cultura material a través de varias zonas geográficas de la región. En base a la gran variación que existe en la arquitectura doméstica al nivel local, pone en duda la idea de que representara un campo de prácticas culturales que unificara a todas las sociedades de Chachapoyas y las distinguiera de otras regiones contemporáneas. Por su parte, la contribución de Toyne y Anzellini se enfoca en la arquitectura mortuoria, describiendo cómo su equipo de investigación empleó técnicas de rappel para acceder a un conjunto de *chullpas* en un acantilado, permitiéndole así acceder al estudio de una forma de cultura material que hasta ahora ha permanecido sin estudiarse debido al peligro de realizar este tipo de exploraciones. Estos autores observaron poca variación en el estilo y en la elaboración artesanal, lo cual les lleva a concluir que no había diferencias marcadas en el estatus social de los que allí fueron sepultados.

Los últimos dos artículos tratan sobre los cambios infraestructurales que tuvieron lugar después de la conquista de Chachapoyas por poderes imperiales. La contribución de Schjellerup combina estudios recientes con datos recolectados a través de tres décadas de excavaciones y prospecciones, con el fin de presentar un retrato de los cambios efectuados bajo el dominio Inka. Se enfoca en la infraestructura de caminos e instalaciones que los inka elaboraron al nivel regional para mantener control sobre las poblaciones locales rebeldes. El artículo de Crandall revisa los cambios espaciales y arquitectónicos que se realizaron bajo el dominio Inka, y después español, en Purun Llacta de Soloco, uno de los grandes asentamientos cerca del centro importante preinka de Pipos. Junto con las investigaciones en el sitio de La Playa (Cedrón 1989; Church 1997), el trabajo de Crandall representa una de las dos únicas publicaciones que presenta resultados de excavaciones de la época colonial de Chachapoyas.

El volumen concluye con una segunda contribución de los editores. Si bien en esta introducción hemos mirado hacia atrás, de manera de revisar la historia de estudios hasta el momento, en la conclusión echamos un vistazo al futuro: planteamos las cuestiones restantes que nos toca resolver y consideramos los rumbos que prometen seguir los estudios regionales.

Agradecimientos

Deseamos agradecer a las instituciones que han hecho posible la realización de los trabajos en los que se basa el presente volumen, sobre todo el Ministerio de Cultura del Perú en Lima, Trujillo, Chachapoyas y Moyobamba, y a todos quienes han colaborado en componer el presente volumen.

También agradecemos el doctor Bryan Valencia por haber repasado y ayudado orientar el texto dedicado a la paleoecología. A la familia del doctor Klaus Koschmieder, y a sus amigos expresamos nuestro sentido pena por la pérdida de nuestro colega.

Notas

¹ Para los lectores deseosos de enterarse más sobre los siglos de la conquista inka y de la época colonial, les referimos a las síntesis interpretativas de Espinoza Soriano (1967), Schjellerup (1984, 2002, 2005, 2015) y Zevallos (1995). Obras que pueden servir de complementar estas publicaciones incluyen las de von Hagen (2002a, 2002b), Kauffmann y Ligabue (2003), Lerche (1995) y Ruiz Estrada (2010).

² Este tema representa sujeto de debate. Schjellerup [2005: 118] identifica al sitio de Timbambo/Timpuy como Papamarca, pero su interpretación no ha sido aceptada de manera general.

REFERENCIAS

Allen, W.

1968 A ceramic sequence from the Alto Pachitea, Peru: some implications for the development of tropical forest culture in South America, tesis de doctorado, Departamento de Antropología, Universidad de Illinois, Urbana.

Alvarado, J. de

1897 Memoria de las cosas primeras que acontecieron en los Chachapoyas, en: M. Jiménez de [1555] la Espada (ed.), *Relaciones geográficas de Indias, Último apéndice*, tomo IV, XIII-XIX, Ministerio de Fomento, Madrid.

Apaéstegui, J., F.W. Cruz, A. Sifeddine, M. Vuille, J.C. Espinoza, J.L. Guyot, M. Khodri, N. Strikis, R.V. Santos, H. Cheng, L. Edwards, E. Carvalho y W. Santini

2014 Hydroclimate variability of the South American monsoon system during the last 1600 yr inferred from speleotherm isotope records of the north-eastern Andean foothills in Peru, *Climate of the Past Discussions* 10, 533-561.

Bandelier, A.

1940 Los indios y las ruinas aborígenes de Chachapoyas en el norte del Perú, *Chaski* 1(2), 13-[1893] 49.

Bjerregaard, L. (ed.)

2007 *Chachapoyas textiles: the Laguna de los Cóndores Textiles in the Museo Leymebamba, Chachapoyas, Peru*, Museum Tusulanum, University of Copenhagen, Copenhagen.

Bonavia, D.

1968 *Las ruinas del Abiseo*, Universidad Peruana de Ciencias y Tecnología, Lima.

2000 The role of the *ceja de selva* in the cultural development of pre-Columbian Peru, en: L. Minelli (ed.), *The Inca world: the development of pre-Columbian Peru, AD 1000-1534*, 121-131. University of Oklahoma Press, Norman.

Bonavia, D. y R. Ravines

1967 Las fronteras ecológicas de la civilización andina, *Amaru* 2, 61-69.

Brown, M. y E. Fernández

1992 *War of shadows: the struggle for utopia in the Peruvian Amazon*, University of California-Berkeley Press, Berkeley.

Bruhns, K.

1994 *Ancient South America*, Cambridge University Press, Cambridge.

Brush, S.

1977 *Mountain, field, and family: the economy and ecology of an Andean Valley*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

- Bueno, A. y M. Cornejo**
2009 Arqueología de la cuenca del Río Guabayacu, región San Martín, Perú, *Investigaciones Sociales* 13(23), 15-58.
- Bush, M., B.C.S. Hansen, D. Rodbell, G. Seltzer, K. Young., B. León, M. Abbott, M. Silman y W. Gosling.**
2005 A 17,000 year history of Andean climatic and vegetation change from Laguna de Chochos, Peru, *Journal of Quaternary Science* 20, 703-714.
- Bush, M., J.A. Hanselman y H. Hooghiemstra**
2011 Andean montane forests and climate change, en: M. Bush y J. Flenley (eds.), *Tropical rainforest responses to climate change*, 35-60, Praxis Springer, Chichester.
- Bush, Mark, Nicole Sublette Mosblech, and Warren Church**
2015 Climate change and the agricultural history of a mid-elevation Andean montane forest, *The Holocene* 25(9), 1522-1532.
- Bush, M.B., A. Correa-Metrio, C.H. McMichael, S. Sully, C.R. Shadik, B.G. Valencia, T. Guilderson, M. Steinitz-Kannan y J.T. Overpeck**
2016 A 6900-year history of landscape modification by humans in lowland Amazonia. *Quaternary Science Reviews* 141, 52-64.
- Caviedes, C. y G. Knapp**
1994 *South America*, Prentice Hall, Nueva York.
- Cedrón Goicochea, Elka**
1989 Cronología e identificación de función en tres edificios prehispánicos del sitio La Playa, Departamento de San Martín, Perú, tesis de licenciatura, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Trujillo, Trujillo.
- Church, W.**
1991 La ocupación temprana de Gran Pajatén, *Revista del Museo de Arqueología, Antropología e Historia de la Universidad Nacional de Trujillo* 2, 7-38. .
1994 Early occupations at Gran Pajatén, Peru, *Andean Past* 4, 281-318.
1996 *Prehistoric cultural development and interregional interaction in the tropical montane forests of Peru*, tesis de doctorado, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.
1997 Más allá del Gran Pajatén: conservando el paisaje prehispánico Pataz-Abiseo, *Revista del Museo de Arqueología, Antropología, e Historia* 7, 205-248.
2004 Buscando las raíces de los Chachapoyas, *Sian*, Edición especial 9(15), 4-5.
- Church, W. y A. von Hagen**
2008 Chachapoyas: cultural development at an Andean cloud forest crossroads, en: H. Silverman y W. Isbell (eds.), *Handbook of South American Archaeology*, 903-926, Springer, Nueva York.
- Cieza de León, P.**
1959 *The Incas*. University of Oklahoma Press, Norman.
1996 *Crónica del Perú: tercera parte*. Edición y prólogo de F. Cantù, Pontificia Universidad [1553] Católica del Perú, Lima.
- Cook, D. N.**
2004 *Demographic Collapse: Indian Peru, 1520-1620*. Cambridge University Press, New York.
2008 Visitas, Censuses, and Other Sources of Population Information, en: J. Pillsbury J. (ed.) *Guide to documentary sources for Andean studies, 1530-1900*, University of Oklahoma Press, Norman.
- Córdova Aguilar, H.**
2002 *Naturaleza y sociedad: una introducción a la geografía*, Pontificia Universidad Católica del Perú/Centro de Investigación en Geografía, Lima.
- Díez de San Miguel, G., P.G. Flores, y J. V. Murra**
1964 *Visita hecha a la provincia de Chucuito por Garci Díez de San Miguel en el año 1567*, Casa de la Cultura del Perú. Lima.

- Epstein, L. y J. M. Toyne**
2016 When space is limited: a spatial exploration of prehispánico Chachapoya mortuary and ritual micro-landscape, en: A. J. Osterholtz (ed.), *Theoretical approaches to analysis and interpretation of commingled human remains*, 97-124, Springer, New York.
- Espinoza Soriano, W.**
1967 Los señoríos étnicos de Chachapoyas y la alianza hispano-chacha, *Revista Histórica* 30, 224-332.
- Fabre, O.**
2008 Ocupación prehispánica de las cuevas del departamento de Amazonas, *Buletin de Lima* 152:31-50.
- Fabre, O., J. Loup Guyot, R. Salas Gismondi, M. Malaver Pizarro y E. Maniero**
2008 Los chachapoya de la región de Soloco: Chaquil, del sitio de hábitat a la cueva funeraria, *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines* 37(2):271-292.
- Flornoy, B.**
1955 Exporation archeológica de l'Alto Maraón (des sources du Maraón au río Sarma). *Travaux de l'Institut Français d'Études Andines* 5, 51-83.
1969 *Amazonie, Terres et Hommes. Découverte des sources*, Librairie Académique Perrin, París.
- Garcilaso de la Vega, I.**
1966 *Royal commentaries of the Incas and general history of Peru, Part I* [traducción de H. V. Livermore], [1609] University of Texas Press, Austin.
- Gentry, A.**
1992 Diversity and floristic composition of Andean forests of Peru and adjacent countries: implications for their conservation, en: K. Young y N. Valencia (eds.), *Memorias del Museo de Historia Natural*, 11-30, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.
- Giffhorn, H.**
2013 *Wurde die Amerika in der Entike entdeckt?: Karthager, Kelten, und das Rätsel der Chachapoya*. C.H.Beck, Munchen, Alemania.
- Gil, N.**
1938 Dos pueblos prehistóricos kulapenses: Kacta y Chipuric, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 55, 132-139.
- Guengerich, A.**
2015 Settlement organization and architecture in Late Intermediate Period Chachapoyas, Northeastern Peru, *Latin American Antiquity* 26(3), 362-381.
- Guillén, S.**
2002 The mummies of the Laguna de los Cóndores, en: E. González y R. León (eds.), *Chachapoyas: el reino perdido*, 345-387, AFP Integra, Lima.
2003 Keeping ancestors allies: the mummies from the Laguna de los Cóndores, Amazonas, Peru, en: *Mummies in the New Millennium: Proceedings of the 4th World Congress on Mummy Studies*, Nuuk, Greenland, Greenland National Museum and Archives and Danish Polar Center, Nuuk.
- von Hagen, A.**
2002a Pueblo de las nubes, en: E. González y R. León (eds.), *Chachapoyas: el reino perdido*, 24-261, AFP Integra, Lima.
2002b Chachapoya iconography and society at Laguna de los Cóndores, Peru, en: H. Silverman y W. Isbell (eds.), *Andean Archaeology, Volume II: Art, Landscape, and Society*, 137-155, Kluwer Academic/Plenum, Nueva York.
- von Hagen, A. y S. Guillén**
1998 Tombs with a view. *Archaeology* 51(2): 48-54.
- von Hagen, V.**
1950 *Highway of the Sun*. Dual, Sloan, and Pierce, Nueva York.
- Hampe Martínez, T.**
1978 Relación de los encomenderos y repartimientos del Perú en 1561, *Historia y Cultura* 12, 76-116.

- Hansen, B. y D. Rodbell**
1995 A late-glacial/Holocene pollen record from the Eastern Andes of Northern Peru, *Quaternary Research* 44, 216-227.
- Hastings, C.**
1985 *The Eastern Frontier: Settlement and Subsistence in the Andean Margins of Central Peru*, tesis de doctorado, Departamento de Antropología, Universidad de Michigan, Ann Arbor.
- Horkheimer, H.**
1959 Algunas consideraciones acerca de la arqueología en el valle del Utcubamba, *Actas y Trabajos del II Congreso Nacional de Historia del Perú* 1, 71-101.
- Huamanchumo de la Cuba, O.**
2016 El oficio de lengua de un indio bilingüe de Chachapoyas. Perú-Siglo XVI, *Revista del Instituto Riva-Agüero* 1(1), 39-76
- Hyland, S.**
2003 *The Jesuit and the Incas: the extraordinary life of padre Blas Valera*, S.J., University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Isbell, W.**
1968 New discoveries in the *montaña* of southern Peru, *Archaeology* 21(2), 108-114.
- Jakobsen, J., J.B. Jorgenson, L.K. Jorgensen e I. Schjellerup**
1986/87 «Cazadores de cabezas» en sitios pre-Inka de Chachapoyas, Amazonas. *Revista del Museo Nacional* 48:139-185.
- Jiménez de la Espada, M.**
1965 *Relaciones geográficas de las Indias, Perú*, Biblioteca de Autores Españoles, vol.185,
[1897] Ediciones Atlas, Madrid.
- Kauffmann Doig, F.**
1980 Los Pinchudos: exploración de ruinas intactas en la selva, *Boletín de Lima* 7, 26-31.
1989 *Investigaciones arqueológicas en los Andes amazónicos 1980-1988*, Instituto de Arqueología Amazónica, Lima.
2009 *Constructores de Kuélap y Pajatén, los Chachapoyas*, Derrama Magisterial, Lima.
2013 (ed.) *Los Chachapoyas*, Banco de Crédito de Perú, Lima.
- Kauffmann Doig, F. y G. Ligabue**
2003 *Los Chachapoya(s): moradores ancestrales de los Andes amazónicos peruanos*. Universidad Alas Peruanas, Lima.
- Koschmieder, K. y C. Gaither**
2010 Tumbas de guerreros chachapoya en abrigos rocosos de la provincia de Luya, Departamento de Amazonas, *Arqueología y Sociedad* 22, 9-38.
- Koschmieder, K., T. Rosales Tham y C. Gaither**
2014 Algunas consideraciones acerca del hallazgo de una flauta globular de caracol marino en un contexto funerario Chachapoya (Provincia de Luya, Departamento Amazonas), *Revista Archaeobios* 8(1), 27-40.
- Langlois, L.**
1939 Utcubamba: investigaciones arqueológicas en este valle del departamento de Amazonas, *Revista del Museo Nacional* 8(2), 224-249.
1940a Utcubamba: investigaciones arqueológicas en este valle del departamento de Amazonas, *Revista del Museo Nacional* 9(1), 34-71.
1940b Utcubamba: investigaciones arqueológicas en este valle del departamento de Amazonas, *Revista del Museo Nacional* 9(2), 191-228
- Lathrap, D.**
1970 *The Upper Amazon*, Thames and Hudson, London.
- Lennon, T., W. Church y M. Cornejo**
1989 Investigaciones arqueológicas en el parque nacional Río Abiseo, *Editorial Los Pinos* 1962, 43-56.

Lerche, P.

- 1986 *Häuptlingstum Jalca: Bevölkerung und Ressourcen bei den vorspanischen Chachapoya, Peru*, Dietrich Reimer, Berlin.
- 1995 *Los Chachapoya y los símbolos de su historia*, Ediciones y Servicios Gráficos César Gayoso, Lima.

Lightfoot, K.

- 1995 Culture contact studies: redefining the relationship between prehistoric and historical archaeology, *American Antiquity* 60(2), 199-217.

Lumbreras, L.

- 1974 *The peoples and cultures of ancient Peru*, Smithsonian Institute, Washington, D.C.

Lyon, P.

- 1981 An imaginary frontier: prehistoric highland-lowland interchange in the southern Peruvian Andes, en: P. Francis, F. Kense y P. Duke (eds.), *Networks of the Past: Regional Interaction in Archaeology*, pp. 3-18, Calgary, University of Calgary.

Macera, P., A. Jiménez Borja e I. Franke

- 1997 *Trujillo del Perú: Baltazar Jaime Martínez Compañón-Acuarelas, siglos XVIII*. Lima: Fundación del Banco Continental para el fomento de la educación y la cultura. EDUBANCO. Lima.

Matthews-Bird, F., B. G Valencia, W. Church, L.C Peterson y M. Bush

- 2017 A 2000-year history of disturbance and recovery at a sacred site in Peru's northeastern cloud forest, *The Holocene* 27(11), 1707-1719.

Maurtua, V. M. y F. Montesinos

- 1906 *Anales del Perú*, tomo I, Imp. de Gabriel L. y del Horno, Madrid.

Medina Allcca, L. y S. Dueñas Bravo

- 2007 Informe de zonas críticas, región Amazonas, Informe técnico preliminar, INGEMMET, Lima.

Medina Allcca, L. y G. Luque Poma

- 2008 Zonas críticas en la región La Libertad, informe técnico preliminar, INGEMMET, Lima.

Megggers, B.

- 1954 Environmental limitation on the development of culture, *American Anthropologist* 56, 801-824.

Middendorf, E.

- 1895 *Peru. Beobachtungen und Studien über das Land und Seine Bewohner während eines 25 Jahrigen Aufenthalts*, Robert Oppenheim, Berlin.

Moore, J.

- 2014 *A prehistory of South America: cultural diversity on the least known continent*, University Press of Colorado, Boulder.

Morales Chocano, D.

- 1993 *Compendio histórico del Perú, Tomo I: historia arqueológica del Perú*, Editorial Milla Batres, Lima.

Moseley, M.

- 2001 *The Incas and their ancestors, 2 edición*, Thames and Hudson, London.

Murra, J.

- 1972 El «control vertical» de un máximo de pisos ecológicos en la economía de las sociedades andinas, en: I. Ortiz (ed.), *Visita de la Provincia de León de Huánuco en 1562*, vol. 2, 429-476, Universidad Nacional Hermilio Valdizán, Huánuco.

Murúa, M. de

- 1986 *Historia general del Perú*, Historia 16, Madrid.
[1611]

Muscutt, K.

- 1998 *Warriors of the Clouds: a lost civilization in the upper Amazon of Peru*, University of New Mexico Press, Albuquerque.

Narváez Vargas, A.

- 1988 Kuelap: una ciudad fortificada en los andes nor-orientales de Amazonas, Peru, en: V. Rangel Flores (ed.), *Arquitectura y arqueología: pasado y futuro de la construcción en el Perú*, 115-142, Museo Bruning, Chiclayo.
- 1996a La fortaleza de Kuelap 1, *Arkinka* 12, 92-108.
- 1996b La fortaleza de Kuelap 2, *Arkinka* 13, 90-98.
- 2013 Kuelap: centro del poder político religioso de los Chachapoyas, en: F. Kauffman Doig (ed.), *Los Chachapoyas*, 87-159, Banco de Crédito, Lima.

Nieto, J. C.

- 1843 Torre de Babel en el Perú, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 1, 440-445.
[1891]

Nystrom, K.

- 2006 Late Chachapoya population structure prior to Inka conquest, *American Journal of Physical Anthropology* 131, 334-342.
- 2007 Trepanation in the Chachapoya region of northern Peru, *International Journal of Osteoarchaeology* 17, 39-51.

Nystrom, K. y M. Toyne

- 2013 Place of strong men: skeletal trauma among the Chachapoya and the (re)construction of social identity, en: C. Knusel y M. Smith (eds.), *The routledge handbook of the bioarchaeology of human conflict*, 371-388, Routledge, Nueva York.

Nystrom, K., J. Buikstra y K. Muscutt

- 2010 Chachapoya mortuary behavior: a consideration of method and meaning, *Revista de antropología chilena* 42(2), 477-495.

Pearsall, D. M.

- 1996 Analysis of charred botanical remains from Manachaqui Cave, Peru. Appendix F, Prehistoric Cultural Development and Interregional Interaction in the Tropical Montane Forests of Peru, tesis de doctorado, Department of Anthropology, Yale University, New Haven.

Pease, F.

- 1982 The formation of Tawantinsuyu: mechanisms of colonization and relationship with ethnic groups, en: G. Collier *et al.* (eds.), *The Inca and Aztec States 1400-1800*, Academic Press, Nueva York.

Peñaherrera del Águila, C.

- 1986 *Gran geografía del Perú. Naturaleza y Hombre*. Volumen I Geografía física del Perú. Lima: Manfer-Juan Mejía Baca.

Pimentel, V.

- 1967 Pajatén, *Fénix, Revista de la Biblioteca Nacional* 17, 34-38.

Ravines, R.

- 1994 *Las culturas preincas. Arqueología del Perú*, en: J.A. Busto (ed.), *Historia General del Perú*, 2, Editorial Brasa, Lima.

Raymond, S.

- 1972 The cultural remains from the granja de Sivia, Peru: an archaeological study of tropical forest culture in the montaña, tesis de doctorado, Universidad de Illinois, Urbana.

Reichlen, H. y P. Reichlen

- 1950 Recherches archéologiques dans les Andes du haut Utcubamba, *Journal de la Société des Américanistes* 39, 219-246.

Reiss, W. y K. H. Dietzel

- 1921 Reisebriefe aus Südamerika: 1868-1878; [Festschrift zum 20. Deutschen Geographentag]. Duncker & Humblot.

Rivera Serna, R.

- 1955 Libro primero de cabildos de San Juan de la Frontera de Chachapoyas, *Fénix, Revista de la Biblioteca Nacional* 11, 318.

Rivero, M. E. y J. J. von Tschudi

1851 Peruvian Antiquities. Imprenta Imperial de la Corte y del Estado. Vienna.

Rowe, J.

1946 Inca culture at the time of the Spanish Conquest, en: J. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*, 182-330, Bureau of American Ethnology Bulletin 143, vol.2, Part 2, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

Ruiz Estrada, A.

1972 *La alfarería de Cuelap: tradición y cambio*, tesis de bachiller, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

2008 2008 Las cavernas y el poblamiento prehispánico de la provincia de Chachapoyas, *Arqueología: Investigaciones Sociales* 7(20):35-62.

2009 *Alfarería de Kuélap: tradición y cambio*, Avqi Ediciones, Lima.

2010 *Amazonas: arqueología e historia*, Universidad Alas Peruanas, Lima.

Salomon, F.

1986 *Native Lords of Quito in the Age of the Incas: The Political Economy of North Andean Chiefdoms*, Cambridge University Press, Cambridge.

Sarmiento, F. O.

2012 *Contesting Páramo: critical biogeography of the northern Andean Highlands*. Kona Pub. and Media Group.

Savoy, G.

1970 *Antisuyo: The search for the lost cities of the Amazon*, Simon and Schuster, Nueva York.

Schjellerup, I.

1984 Cochabamba: an Inca administrative centre in the rebellious province of Chachapoyas, en: A. Kendall (ed.), *Current archaeological projects in the central Andes: some approaches and results*, *Proceedings of the 44th International Congress of Americanists*, 161-187, BAR International Series 210.

1992 Patrones de asentamiento en las faldas orientales de los Andes de la región de Chachapoyas, en: D. Bonavía (ed), *Estudios de arqueología peruana*, 355-373, Fomciencias, Lima.

1997 *Incas and Spaniards in the conquest of the Chachapoyas: archaeological and ethnohistorical research in the north-eastern Andes of Peru*, National Museum of Denmark, Department of Ethnography, Copenhagen.

2002 Reflexiones sobre los Chachapoya en el Chinchaysuyu. *Boletín de Arqueología PUCP* 6, 43-56.

2005 *Incas y españoles en la conquista de los Chachapoya*, Pontificia Universidad Católica de Perú/Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.

2015 Over the mountains, down into the *ceja de selva*: Inka strategies and impacts in the Chachapoyas region, en: I. Shimada (ed.), *The Inka empire: a multidisciplinary approach*, 307-323, University of Texas Press, Austin.

Schjellerup, I., M. Kamp Sørensen, C. Espinoza, V. Quipuscoa, V. Peña

2003 *Los valles olvidados: pasado y presente en la utilización de recursos en la ceja de selva, Perú. Ethnographic Monographs, No.1*. National Museum of Denmark, Copenhagen.

Schjellerup, I., V. Quipuscoa, C. Espinoza, V. Peña y M. Kamp Sørensen

2005 *Redescubriendo el valle de los Chilchos: condiciones de vida en la ceja de selva, Perú, Ethnographic Monographs, No.2*, National Museum of Denmark, Copenhagen.

Schjellerup, I., C. Espinoza, J. Rollefson, V. Quipuscoa, M. Kamp Sørensen y V. Peña

2009 *La ceja de montaña: un paisaje que va desapareciendo, Ethnographic Monographs, No. 3*. National Museum of Denmark, Copenhagen.

Senèze, V. y J. Noetzli

1877 Sur les momies découvertes dans le haut Perou, *Bulletin de la Société d'Anthropologie de Paris* 12, 640-641.

1885 Voyage dans les Républiques d l'Équateur et du Perou 1876-1877, *Bulletin de la Société de Géographie* 4, 523-593.

Steward, J.

1948 Tribes of the montaña: an introduction, en: J. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians, vol.3: the tropical forest tribes*, 507-533, Bureau of American Ethnology Bulletin 143, Smithsonian Institution, Washington, D.C.

Taylor, G.

2000 *Estudios lingüísticos sobre Chachapoyas*, Universidad Nacional Mayor de San Marcos/Instituto Francés de Estudios Andinos, Lima.

Tello, Julio C.

2004 *Arqueología de Cajamarca: expedición al Marañón, 1937*, Corporación Financiera de Desarrollo, Fondo Editorial. Lima.

Thompson, D.

1973 Archaeological investigations in the Eastern Andes of Northern Peru, *Acts of the 39th International Congress of Americanists*, vol. 1, 363-369, Rome/Genoa.

1976 Prehistory of the Uchucmarca Valley in the North Highlands of Peru, *Proceedings of the 41st international Congress of Americanists*, 99-106.

1984 Ancient Highland connections with Selva and Coast: evidence from Uchucmarca, Peru, en: A. Kendall (ed.), *Current archaeological projects in the central Andes: Some Approaches and Results, Proceedings of the 44th International Congress of Americanist*, 153-160, BAR International Series 210.

Thompson, L.G., M.E. Davis y E. Mosley-Thompson

1994 Glacial records of global climate: A 1500-year tropical ice core record of climate, *Human Ecology* 22(1), 83-95.

Thompson, Lonnie G., E. Mosley-Thompson, M. E. Davis, V. S. Zagorodnov, I. M. Howat

2013 V. N. Mikhaleenko, and P-N. Lin. "Annually resolved ice core records of tropical climate variability over the past- 1800 years." *Science* 340(6135): 945-950.

Toyne, J. M.

2009 Possible cases of scalping from pre-hispanic highland Peru, *International Journal of Osteoarchaeology* 21, 229-242.

2015a Tibial surgery in ancient Peru, *International Journal of Paleopathology* 8, 29-35.

2015b Variation in large ectocranial lesions from pre-Columbian Kuelap, Peru, *International Journal of Paleopathology* 11, 30-44.

Toyne, J.M. y A.Narváez Vargas

2014 The fall of Kuélap: bioarchaeological analysis of death and destruction on the eastern slopes of the Andes, en: A. Scherer y J. Verano (eds.), *Embattled Bodies, Embattled Places: War in Pre-Columbian Mesoamerica and the Andes*, pp.341-364. Dumbarton Oaks, Washington, D.C.

Trigger, B.

1981 Archaeology and the ethnographic present, *Anthropologica* 23, 3-17.

Valle, L. (ed.)

2004 Nuevos rumbos en los estudios Chachapoya: primera conferencia internacional sobre el arte, la arqueología y la etnohistoria de los chachapoya, *Revista Arqueológica Sian* 9(15).

Valqui, J.

2011 *Los orígenes lingüísticos de los Chachapoyas*, Editorial Académica Española, Berlín.

Vásquez de Espinoza, A.

1969 *Compendio y descripción de las Indias Occidentales*, Biblioteca de Autores Españoles, [1629] vol. 231, Ediciones Atlas, Madrid.

Veblen, T., K. R. Young y A. R. Orme (eds.)

2007 *Physical geography of South America*, Oxford University Press, Oxford.

Vega Ocampo, A.

1978 Complejo arqueológico de Uchucmarca: descripción del elemento cerámica de Pirka-Pirka, *Investigación arqueológica* 2, 8-19.

1982 Complejo arqueológico de Uchucmarca: conjunto Pirca-Pirca: sus cámaras internas, *Investigación arqueológica* 4, 41-45.

Vuille, M., S. J. Burns, B. L. Taylor, F. W. Cruz, B. W. Bird, M. B. Abbott, L. C. Kanner, H. Cheng y V. E. Novello.

2012 A review of the South American monsoon history as recorded in stable isotopic proxies over the past two millennia, *Climate of the Past* 8(4), 1309-1321.

Werthemann, A.

1892 Ruinas de la fortaleza de Cuelap, *Boletín de la Sociedad Geográfica de Lima* 2, 4-6.

White, S.

2013 Grass páramo as hunter-gatherer landscape, *The Holocene* 23(6), 898-915.

Wiener, C.

1884 Amazone et cordilleres, *Tour du Monde* 48, 385-416.

Wild, E.M., S. Guillén, W. Kutschera, H. Seidler y P. Steier

2007 Radiocarbon dating of the Peruvian Chachapoya/Inka site at the Laguna de los Condores. *Nuclear Instruments and Methods in Physics B* 259:378-383.

Young, K.

1992 Biogeography of the montane forest zone of the eastern slopes of Peru, en: K. Young y N. Valencia (eds.), *Memorias del Museo de Historia Nacional*, 119-140, Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Lima.

Young, K. y B. León

1999 *Peru's humid eastern montane forests*, DIVA Technical Report No.5, Danish Environmental Research Institute, Copenhagen.

2001 *Perú. Bosques nublados del neotrópico*. Eds. Maarten Kappelle, Alejandro Diego Brown, 549-580, Instituto Nacional de Biodiversidad, Santo Domingo de Heredia.

Zevallos, J.

1987 Introducción a la etnohistoria de Chachapoyas, *Kuélap* (Boletín del INC/Amazonas), Chachapoyas.

1995 El área geográfico-cultural de la prehistoria de Chachapoyas: una nueva postulación, *Gaceta Arqueológica Andina* 24, 13-23.